



LA FEMME ADULTERE, CUADRO DE EMILE SEGNOL. (Del Museo de Luxembourg).

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA, ARTE, CRITICA Y LITERATURA

• Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD •

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

N.º 109 - 20 cts.

OBRAS PUESTAS EN VENTA ESTA SEMANA

por la EDITORIAL CLARIDAD

EINSTEIN

La teoría de la relatividad

Sus fundamentos — exposición clara, sin el auxilio de signos matemáticos — precursores y divulgadores, expuestos por Boltor y Pilgher.

—:—

Pida el vol. 1.º de
Biblioteca Cosmos

30 centavos el tomo

LA GRIETA

pieza en 3 actos, de Pedro E. Pico y Juan León Bengoa

(Inspirada en un cuento de Alejandro Kuprin). Obra estrenada por la compañía Quiroga y reprisada por Fanny Brena-Eliseo Gutiérrez, en el Teatro Marconi.

Publicada en el tomo I de TEATRO NUEVO.

—:—

40 centavos

LA MAGIA DEL AMOR

(Los dogmas)

Notable obra de CAMILO
MACLAIR

—:—

Interesantísima obra publicada en
el vol. 8 de Clásicos del Amor.

—:—

30 ctvs. el ejemplar

SELECCION

DE POESIAS

DE

JOSE DE ESPRONCEDA

Las mejores producciones del célebre
lírico español contiene el tomo 25 de

LOS POETAS

—:—

20 ctvs. el ejemplar

DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 736

Administración:
BOEDO 837
U. T. 4999 y 6197, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRITICA Y LITERATURA ::
Suplemento de EDITORIAL CLARIDAD
APARECE EL 2.º Y 4.º MARTES DE CADA MES

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención postal
AÑO . . . \$ 5.- M/N
SEMESTRE " 2.50 "
En los demás países
AÑO . . . \$ 3.- ORO
CADA EJEMPLAR 20 CTS.

AÑO IV

Buenos Aires, Abril 14 de 1925

Núm. 109

AL MARGEN DE LA VIDA QUE PASA...

Perlas del "Pescatore di perle"

El "Pescatore di Perle" es director vitalicio de "El Hogar", la mejor revista del mundo... Es un joven calvo cuyos mejores años han transcurrido entre Chiclana y Río de Janeiro. Posee una inteligencia nada común que derrocha haciendo tres cosas: leyendo a Anatole France en francés; consultando la enciclopedia Espasa; y buscando "perlas" o haciendo chistes. Como chistógrafo le da cinco y raya a Méndez Calzada y a Nicolás Coronado, sus dos compañeros de pieza. El "Pescatore di Perle" no ve en el libro que lee más que la perla... El resto, se le escapa. El sabe que un burro *rebuena* y que un caballo *relíncha*; sabe que el nombre de los meses se escribe con minúscula. También sabe que se escribe *desierto* y no *disierto* y que la palabra *ojo* se escribe sin hache. Es una suerte de abogado del diccionario y de la gramática y de todas las artes que cultivan las señoritas y los poetas "comme il faut". (A ver, amigo linotipista si compone bien: *comme il faut*, no sea cosa que meta *pas comme il faut* y nos haga cometer un papelón). Si alguien escribe: "el sol se acuesta"; el hombre, transcribe la frase y pregunta: ¿dónde tenía la cama el sol? Si alguien escribe: "se veían nadar unos *pescados*" El, coge un diccionario y observa: *Pescado*, pez comestible sacado del agua. ¿Cómo el señor tal o cual veía entonces nadar los *pescados*?

Al Pescatore di Perle no se le escapan las perlas pequeñas, pero las gordas se le escapan en todos los números de la revista que dirige. El, ve, del hombre, lo que ven las mujeres frívolas: los zapatos si están o no lustrados; las uñas, si están o no recortadas a la moderna; el nudo de la corbata, el olor de la gomina, el bastoncito, etc.; pero el hombre, el hombre desnudo, desprovisto de todos los afeites y del tufo pestífero de la civilización, esto no lo ve. Hay algo más fundamental en el hombre que la vestidura que recubre su vergüenza. La misión de una persona inteligente y culta, asimismo, no es precisamente, fabricar chistes a expensas de las personas ignorantes o descuidadas. El ve la paja en el ojo ajeno pero no ve la viga en el propio. Por ejemplo: ¿cómo no ve las jerundiadas que número a número escribe Josué Quesada? ¿No es, ese literatolastro, una perla gorda desde que empieza hasta que termina?

En el número 807 de la "mejor revista del mundo", el "Pescatore di Perle" transcribe un

artículo que se titula "Médicos distraídos" y en el cual se lee lo siguiente:

"Un doctor que tenía a su cargo una sala de cierto hospital donde ingresó un mozo del tren (¿de qué tren?) con una afección en la pierna derecha que requería una operación, y el médico le operó perfectamente, excepción hecha de un pequeño detalle, porque cuando el infortunado paciente recobró el conocimiento notó, tan sorprendido como horrorizado, que le habían operado la pierna izquierda que estaba sana".

Se menciona el caso de otro cirujano que olvidó una esponja en el vientre de una operada. (Falta aquel cirujano andaluz que se olvidó el saco).

Como si esto fuese poco, añade: "Pero esto no es nada, si se compara con el olvido de un médico francés que dejó dentro del cuerpo de la operada nada menos que tres metros de venda de gasa".

¿En qué cabeza puede haber que un cirujano le corte a uno la *pata* izquierda en vez de la *pata* derecha? ¿Y cómo el Pescatore di Perle dice o deja decir semejantes perogrulladas? Esto, que enseñamos es peor que descubrirle a un infeliz que escribe cuentos dominicales que un caballo no puede nunca rebuznar...

Asombra, finalmente, que un hombre que lee en varios idiomas los libros más profundos de la literatura universal, escriba todas las semanas la historia de Pancho Talero. Y que no sepa engarzar dos oraciones sin ensartar una en francés y citar a Anatole France. (Parece ser que en "El Hogar" es *comme il faut* ¡ojo! citar de tiempo en tiempo una paparrucha en francés).

Los desterrados de la calle Florida, ahora se pavonean por Río de Janeiro...

La primera policía del mundo

No conocemos las instituciones similares de otros países; pero, si nuestra policía es, como se ha dicho, la primera del mundo, las restantes deben ser resabios de barbarie y de incivilización. Pero se nos ocurre que éste de "la primera policía del mundo" es un invento del Jefe, "pour épater", y vamos a tratar demostrarlo.

Nuestra policía debe su autoridad — la poca autoridad que tiene — al empleo del revólver y del machete y a la impunidad con que usa y abusa de estas armas. Nadie respeta al vigilante, ni al oficial, ni al comisario. Se les teme, eso

es todo. Las disposiciones se acatan porque van refrendadas por el machetazo, de otra manera se haría caso omiso de las ordenanzas, porque a nuestra policía le falta autoridad para mandar y el pueblo no obedece sino a aquellos que respetan. Este régimen de terror no es el más apropiado para reprimir la delincuencia. Crea en el ánimo del contraventor el odio a la policía y el deseo de venganza. Efectivamente; no es un secreto que los presos vomitan sapos y culebrás contra determinados funcionarios policiales que no cumplen el penoso deber de arrestar a una persona, de privarla de su libertad, con el espíritu del que lo hace muy a pesar suyo. En la policía se pone todo gusto en perjudicar, en dañar física y moralmente a los que tienen la desgracia de caer bajo sus garras. Hay el prurito de justificar la profesión. Si un comisario no tiene presos, se siente poco comisario. Si un oficial no grita y no insulta no tiene la medida de las prerrogativas que se le han conferido. Es como un niño en poder de un silbato; si no lo suena le parece que no lo tiene. Con este criterio dispensan autoridad los subalternos policiales. Al empleado de investigaciones se le quiere menos todavía. Se le mira con desprecio, con más desprecio que al ladrón. Y es que el empleado de investigaciones es casi siempre un hombre de mirada torva, con una inteligencia nula, cuya única cualidad es la del espionaje. Aquí, en nuestro país, no hay detectives. Para hacer confesar a un ladrón o para que delate a su compañero se le somete a un régimen de tortura. Se le azota, se le tuercen los brazos, se le priva del sueño, en fin, mil y un martirio que parece increíble se sometan en nuestros días. ¿Y quién ha visitado los cuadros del Departamento o de la Alcaldía y no se ha llevado una triste impresión del país y de sus cuantantes? **La promiscuidad**, la suciedad, la falta de luz de aire hacen de esos encierros verdaderas mazmorras que avergonzarían a los antiguos y que en los hombres de estado de nuestros días ni son motivo de preocupación. Cualquier comisario de barrio tiene media docena de calabozos. ¿No es esto una vergüenza nacional? En fin, no digamos más. Esperemos que gobiernos más capaces, si los hay, derrumben este viejo y podrido organismo policial que anuncia pomposamente, a los cuatro vientos, que es la primera policía del mundo, y que necesita la dirección de un hombre inteligente para simplificar, sanar, reducir, una institución que en un país adelantado debería depender de la municipalidad como simple rama de higiene social.

¿El respetable?

El respetable lee por lo común un diario serio. Un diario que fomenta los deportes, especialmente el fútbol y el box. El respetable tiene ya su opinión hecha de todas las cosas. Tal marca de cigarrillos es la mejor, el mejor café es Z, el mejor aperitivo X. El juego de las carreras le horroriza; pero de vez en cuando juega a la lotería, por si acaso. El respetable es hombre de negocios o empleado con porvenir o joven ambicioso.

Para distraer sus graves proyectos lee Tit-Bits en el tranvía. Si ha concluido su lectura silba o tararea la última pieza de moda.

Cuando va por la calle se detiene a mirar las vidrieras con ojos de bobo. Está con el modernismo. Todo lo novedoso le hace cosquillas, le excita hasta el delirio. Por rara contradicción busca para casarse una muchacha "honrada y de buena familia", que es lo más antiguo que existe. Esta muchacha tendrá que ser siempre honrada para que él, cómodamente pueda dejarla en casa con sus hijos.

Se cree el respetable muy superior a sus semejantes porque tiene una querida que lo explota fingiéndole una ardiente pasión. Está en la absoluta convicción de que es hombre culto porque ha leído a Josué Quesada y a Manuel Galvez. Una vez que le hablaron de Tolstoi dijo que a causa de sus ocupaciones, nunca había asistido a la representación de sus óperas. En materia teatral, el respetable, es ferviente admirador de Vaccarezza, aunque se inclina hacia el género revisiteril donde, con absoluta honestidad, se puede "ver" más que en el sainete. El respetable no quiere ver dramas para no turbar su digestión. En música se ha familiarizado con Verdi y con Delfino. Es el primero en acudir a las pizarras de los diarios en procura de primicias. Se desgaña vitoreando con igual insistencia a Firpo o a Irigoyen, al príncipe de Italia o a Alessandri. De cuando en cuando necesita victorear a alguien. Los autores teatrales que le conocen esta debilidad están de parabienes.

En fin, el respetable público no tiene al fin de cuentas, nada de respetable.

Einstein y nuestro democrático presidente

No ha sido recibido Einstein con los honores que se le prodigaron al principito de Savoya, y esto, a nuestro entender, tiene su explicación lógica. Nuestro presidente no ha recibido personalmente al sabio porque los presidentes y los mandones de todos los tiempos, lo fueron gracias al corto alcance de sus gobernados. Y un hombre como Einstein está fuera de la estrecha limitación de las leyes y fuera del alcance de los encargados de hacerlas respetar. El es el creador de la moral, él, en suma es el gobierno espiritual del mundo. Sabios y artistas son los verdaderos gobernantes del mundo. Ejercen sin milicia, sin policía una dirección espiritual que dista muchísimo de ser la de los clérigos. Todo lo que ésta tiene de falsa aquella lo gana de verdadero. No se trata del artista como valor actual, sino de aquella divina parte de su obra que flota en el espacio, por los siglos de los siglos y es pan de nuestro espíritu, aunque no sepamos de donde nos llega. Llevamos en nosotros partículas de la labor que los sabios y artistas volcaron en el mundo y ellas forman nuestras conciencias. El que más sabe es el que mejor se escucha a si mismo. Y en el fondo de todo hombre perverso hay un resto de divinidad.

Pero volvamos a nuestro presidente. ¿De que manera iba a recibir al eminente sabio? ¿Cómo se las iba a componer para atender a ese hombre

extraño que había hecho gala de un magnífico desdén por los convencionalismos sociales, durante el viaje?

El dilema era terrible. Ultimamente, el presidente de la Nación Argentina optó por no concurrir a la recepción de un profesor distraído, empeñado en la solución de problemas que no interesaban a su calidad de supremo mandatario. Porque nuestro presidente no sabrá un pito de la teoría de la relatividad; pero sabe cuan relativo es su gobierno y trata de aprovechar el plazo fugaz, sin complicarse la "dolce vita" con trascendentalismos de sabihondos.

Tartarín de Tarascon se dedica a cazar algas marinas

Varios meses ha estado el Jardín Zoológico cerrado. Según es sabido se han desagotado los lagos. El nuevo director se vió en la dura necesidad de tomar semejante medida en razón de que se habían muerto todos los peces y los lagos despedían un olor fétido. No podemos calcular el dinero que pudo invertirse en esa obra que grava, un poco más, la poroba del pueblo. El pueblo es el que paga siempre. El Estado gasta y el pueblo paga. Veamos por qué decimos esto. El nuevo director del Jardín Zoológico al hacerse cargo del establecimiento quiso "sanear el ambiente". Descubrió que los lagos estaban "infestados" de algas marinas y se propuso hacer una limpieza general. Hizo arrojar unas barricas de sulfato de cobre y esperó a que las algas *fallecieran*... y algunas murieron. Y todos los peces, cuya alimentación primordial, eran justamente esas algas, murieron también. Y los lagos se llenaron en pocos días de cadáveres hediondos. Se pidió plata, entonces, y empezó a desagotar los pozos.

Se supone que el director de un Jardín Zoológico tiene que ser un hombre de ciencia. ¿Qué diría Onelli si resucitara, él que jamás cometió un disparate tan grande y que vivió en paz siempre con las algas y murió abajo de nuestra casa? ¿En la botica de abajo? ¿Eh? Y Marcelo Aivear, ¿qué dice de esto? ¿Y el señor Irigoyen?

¡Linda manera de matar eucarachas, es ésa!

"Cirujas"

Un nuevo nombre en el sórdido caló bonaerense. "Cirujas" son esos pobres muchachos que juntan huesos en la Quema. Los explotan en esa forma, miserable y nauseabunda. Un día va un juez y encuentra diez o doce. Adónde llevan a esos muchachos? Si vuelven a la Quema quince días después! Vuelta el juez a buscarlos y así sigue la comedia!

El mal está en lo hondo. La ciudad, como esa suciedad que se adentra en las uñas, tiene su barrio, sempiterno miserable. Es la Quema. Hace diez, veinte años que la Quema es un refugio de asesinos, ladrones y viciosos. El mal está en la entraña. Cómo no lo ven los poderes públicos?

Pero, puede ver un ciego?

Con el pesimismo que nos da la vida argentina contemporánea, sabemos que ese mal no se remediará nunca a menos que cambie el orden social. Cansados de apuntar esos crímenes sin nombre que la humanidad tolera, vamos a hacer un chiste que oculte nuestra lágrima. A ver, atención, una... dos... tres...

Visillacl presente.

Raquel Adler! presente.

Vázquez Cey! presente.

Arturo Capdevila! presente.

Ernesto Barreda, no está? sí hombre! es ese tío de los bigotes! presente!

Novela Semanal en masa! presente!

Arturo Lagorio! presente!

Eje., etc., etc... presente! atención! Relevo de los "cirujas". Vayan a juntar huesos a la Quema!

El premio

En un diario que no tiene la razón a pesar de su título hemos leído el jueves santo del año santo — ¡santo dios! — que la Liga que desligó a millares de obreros de la vida, ha premiado un acto heroico. El caso es más o menos el siguiente: en el vecino pueblo de Lomas la policía halló en un terreno baldío a una criatura de pocos meses de vida, que allí fué abandonada por su madre u otra persona no extraña a su vida. En la comisaría no sabían qué hacer con la criatura, pues del hospital informaron que no correspondía a él atender a la abandonada, por cuanto no era un caso de enfermedad. Ante tales circunstancias el comisario de Lomas empezó por bautizar a la infeliz criatura y como si no fuera poco, a lestúpido acto del bautizo, el comisario agregó el de ponerle su nombre.

Un comisario siempre ha de empezar por imponerse. Cuando no puede imponer su autoridad a las personas mayores se la impone a la primer crío que está a su alcance. Pero no obstante el bautizo y la imposición de un nombre ridículo, el principal problema que era el de la alimentación no se resolvía ni en forma práctica ni absurda. Gracias a una modesta vecina la abandonada muñeca de carne y hueso encontró el alimento propio de su edad. La mujer que se hizo cargo de la criatura abandonada tiene en su casa ocho hijos y casi todos menores de edad. Bien, esta buena mujer que ha cometido el grave error de parir y criar ocho hijos, que sufren la ruda tragedia de la vida, comprendió que si dura es la existencia de los que tienen escasos recursos, doblemente más áspera sería para la pobre chieca, a quien no se sabe que maldad o que tragedia arrojó a la fortuna del primer transeunte, sintió otra vez sus impulsos de madre y cargó con la tarea de criar un hijo más.

Este es un acto humano que no merece el premio de la lisonja que todos le han arrojado.

Seguramente que esa criatura fué tirada para salvar el honor, más estúpido y repugnante que

el mismo ultraje que se ha querido tapar.

La liga de brigantes y asosinos de vidas obreras, ha premiado el acto de esa mujer.

A cualquiera se le ocurre pensar que de acuerdo con los fines "patrióticos" que sostiene la institución de Tartarin de Tarascón, a esa mujer que ha dado ocho hijos a la patria y que se carga voluntariamente con otro, lo menos que se le podía ofrecer como premio era una cantidad de dinero que le compensase su obra. Si ha dado ocho hijos a la patria merece por lo menos un premio de 80.000 pesos, de acuerdo con el concepto de Bernard Shaw. Pero asómbtrate lector. ¿Sabes lo que ha dado la Liga Patriótica?: ¡una medalla!

Nosotros pedimos para los componentes de la Liga Patriótica tanta metralla como sus secuaces emplearon contra los trabajadores de Santa Cruz. Y todavía esto es poco.

Excelentes comerciantes

En Bonifacio, tranquila y laboriosa población de la provincia, cuyos edificios escolares están en ruinas, inauguróse el 7 del mes en curso, una sucursal del comercio católico, instalada en local propio — como todo comercio próspero—, cuyo costo asciende a 40 mil sesos.

Los trabajadores que se icuparon en la obra sólo han percibido 40 y 45 pesos mensuales, salarios de hambre que dicen bien cómo atienden las necesidades de la gente humilde los señores ministros de Dios. Excelentes comerciantes, ellos pensarán sin duda, que no vale la pena asegurar a esos obreros una vida terrenal decente y pasable, toda vez que han conquistado el reino de los cielos... Pero, en su cristiano desprecio por los bienes materiales, comienzan por levantar templos suntuosos, a expensas de la vida y salud de quienes los construyen. Cuentan, para ello, con la ignorancia y el servilismo del pueblo.

Paparruchas

Un lector de LOS PENSADORES remitió días pasados unas cuartetas singulares. La primera estaba firmada por E. Méndez Calzada y la segunda, sin firma, era un anuncio rimado del jabón Reuter. El lector ponía una cuarteta frente a otra y preguntaba: ¿no serán las dos del mismo autor? E. Méndez Calzada ensayó todos los géneros literarios siempre con el mismo resultado negativo. Finalmente, desembocó donde desembocan todos los literatos fracasados: en la crítica. Ahora se dedica a dar consejos hepáticos...

Le dice a los otros lo que en buena hora se debió decir él mismo. A nadie mejor que a él le sentarían sus propios consejos. Es como esos estudiantes grafómanos que terminan en profesores. Saben muchas cosas de memoria y a veces consiguen repetir las "con precisión y exastitud".

Habla muy bien en francés con los que hablan castellano y con los que hablan francés habla un castellano impecable... Le ocurre algo parecido a lo que le ocurría al general Mitre: que era un gran general entre los literatos y un gran literato entre los generales.

Aquellos que más carecen de talento y de originalidad, son, aberradamente, los que más hablan de la originalidad y del talento. Cuando una mujer invoca a cada paso la virginidad es que ya la ha perdido. Los pícaros son los que más usan y abusan de la palabra *honra* y todos su derivados. E. Méndez Calzada ha publicado ya muchos libros que han tenido la virtud de dejarlo tan anónimo como antes. Vamos a reproducir las cuartetas, *originalísimas* que nos remitió ese lector anónimo.

FIESTAS PATRIAS

Han adornado la ciudad...

¡Cuántas banderas, cuántas cintas,
cuántos lazos y colgaduras!
(¡Cuánta tela para camisas!...)

JARDIN ZOOLOGICO

¿Qué es lo que miran estas gentes?
¿Qué es lo que ven con tanto agrado?
(Miran las muecas indecentes
del gorila desvergonzado.)

Después de leer esto, naturalmente, uno se pregunta si tiene derecho a encontrarle fallas, nada menos que a Andreiv, quien como Calzada, escribe semejantes paparruchas. ¡No sea tan "coruscante y reticulado", amigo! ¡Y coma afrecho!

Bienvenido

Bienvenido sea tu saludo, amigo.

Nos comprendes y nos haces llegar una carilla, llena de simpatías por nuestra obra.

Una carilla blanca en que has trazado nerviosamente signos que nos traducen afecto.

Gracias por todo esto, gracias. Pero nuestro trabajo no es para ti: Tú eres bueno y nosotros no tenemos nada que decirte.

Bienvenido tú, a quien no importa el trabajo, ni el esfuerzo, que nos haces llegar la tarjetita de cortesía... bienvenido también.

Pero nosotros hemos de sacudir tu indiferencia. Tendrás, entusiasmado, que seguirnos.

Bienvenido tú, tú que no nos quieres, tú que contraes la boca en el gesto odioso cuando nos oyes: bienvenido.

Para ti es nuestra obra; trabajamos para hacerte digno de la amistad de tus semejantes buenos y... te esperamos.

El próximo número de **LOS PENSADORES** estará dedicado al 1º. de Mayo. En consecuencia se pondrá en venta ese mismo día. Siempre que nos sea posible haremos un número extraordinario.



ACTO DE CONTRICIÓN

Por LEONIDAS BARLETTA

Cuando pienso, en las noches de mi adolescencia, largas y tristes, todas llenas del miedo a la muerte, todas llenas de la angustia de saberse vivo, tu sólo, mujer de labios pintados, eres como un resplandor en las tinieblas de aquellas noches sin amor.

Cuando todas se me negaron sin entender mi zozobra, tu sólo, mujer de ojos maliciosos, desnudaste ante mis ojos hambrientos tus carnes opulentas, que en aquel entonces me parecían de nardos y que son apenas pétalos marchitos. Y yo no me olvidaré de esto, mujer de todos. No olvidaré que tu boca no me negó el beso, y aunque se que otros te habían besado antes que yo, esto no me disgusta, pues que eres la mujer del mundo. Me pareciste, ramera, un símbolo vivo. Eras hasta maternal en tus abrazos. Cuánta generosidad inconsciente había en tus ofrecimientos. Por dinero, por joyas, que son bienes fútiles de los hombres, tú dabas tu cuerpo, dabas el goce que es don de la vida.

Cuántas angustias se volcaron en tus entrañas, cuántos dolores se olvidaron en tu seno. Eras, lo recuerdo, cálida como el regazo de una madre. Un día que me inspiraste lástima te llamé madre. Sí, siempre me pareciste un símbolo. Tu cama, de acolchados de colores chillones, me acogía como la mía propia. Y sobre la huella de los que habían dormido antes que yo, descansaba de las fatigas de mi deseo ardiente. En las noches de invierno, tu alcoba tibia, tenía un vago olor a carne empolvada. Tu casa que echaba chorros de luz sobre la calle negra, era un refugio. Cuando estábamos cansados de ambular por las calles húmedas y frías, sin encontrar unos ojos amigos, sin encontrar otra cordialidad que la del vaso de alcohol, cuando el aburrimiento tendía sus pañas peludas y grises sobre nuestro cerebro, íbamos a tu casa y te tuteábamos como a una hermana, y, fueses bru-

na o blonda, mórbida o fina, plácida o inquieta, sin saber quiénes éramos, si llevábamos el alma del santo o el alma del criminal, te encontrábamos siempre dispuesta para el amor. Ibamos llorando la savia de nuestro deseo y salíamos un poco más tristes, es cierto, pero al fin serenos. Te perdono, ramera, si alguna vez fuiste mala. Tú que tantas veces me diste los besos que me negaron muchas a quienes amé más que a tí, tú que dabas tanto amor, no por amor, que nadie te quiso, sino por un dinero que te arrojaban sobre la mesa de noche, tu tienes derecho al odio. Te perdono, ramera, si me enfermaste. Las otras, las buenas, me enfermaron mil veces más, me tornaron la sangre ácida y el humor sombrío. Las otras, las buenas a quienes amé, ni por amor, ni por dinero, me dieron lo que tu me diste sin vacilar. Ellas quisieron antes asegurarse ante la ley de que iba a responsabilizarme de sus vidas en el futuro. En cambio, tú, ramera, no te fijaste en mis defectos, ni si era agradable o repulsivo, y te entregaste una y mil veces, siempre sonriente, siempre amable, hasta fingiendo, para mi vanidad de hombre, que te daba mucho placer.

Las otras, las buenas, tuvieron en más su honor y su buen nombre y no aplacaron las hambres de amor que enturbiaron mi adolescencia. Tú, ramera, dejaste a tus padres, le gente murmuró de tí y te pusieron un mal nombre. Te restaste voluntariamente al goce puro de vivir en compañía de aquella que te dió el ser. Quebraste tus afectos y, no teniendo cariño, tú fuiste la cariñosa por excelencia. Tu casa fué nuestra casa. Nos diste tu amor sin distinguos, a todos por igual. Fuiste del pobre y del rico, y si al rico le sonreiste dos veces, yo, en nombre del pobre te perdono, porque las otras, las buenas, siendo buenas hacían lo mismo que tú. Y te perdono porque, si sonreiste dos veces al rico,

tu lágrima fué del hombre que llegó a tu casa en un día de lluvia, en un día de esos a propósito para los que van mal vestidos.

Ramera, fuiste la desdeñada, la proscripta. El mismo que en la noche se hartaba de tu cuerpo, el que desmayaba en tus brazos al rigor de tu caricia, ese te despreciaba en la mañana, te negaba el saludo y fingía no conocerte. Te perdono, por esto, si una vez me escupiste. Yo sé que no era a mí a quien escupías, sino al *Hombre*. Fuiste, lo proclamo, escudo de mis hermanas, escudo de mi novia, breviario de mis ansias. Por tí conocí a los hombres, mis hermanos; por tí aprendí a vender mi arte, como tu vendías tu cuerpo. Y no sé que fuvieras muchas satisfacciones en tu vida — algunas joyas falsas y un mediocre pasar. — Y mientras que tu fuiste a la cárcel o al hospital, las buenas, las honestas tenían lujo y goces porque supieron venderse mejor.

Ramera, eres hermana mía. Te venero como a mi hermana y mi novia. Siempre me dió vergüenza darte un poco de dinero por tus besos, pagarte con tan poca cosa lo que para mí valía lo que la vida misma.

LEONIDAS BARLETTA.

LA VIDA NUEVA

Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo presente, los resultados del espíritu estrecho y la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones puramente ideales que, siendo objeto de amor para quienes les consagran las energías más nobles y perseverantes de su vida, se convierten en una remota y quizá no sospechada región, para una inmensa parte de los otros. — Todo género de meditación desinteresada, de contemplación ideal, de tregua íntima, en la que los diarios afanes por la utilidad ceden transitoriamente su imperio a una mirada noble y serena tendida de lo alto de la razón sobre las cosas, permanece ignorado, en el estado actual de las sociedades humanas, para millones de almas civilizadas y cultas, a quienes la influencia de la educación o la costumbre reduce al automatismo de una actividad, en definitiva, material. — Y bien, este género de servidumbre debe considerarse la más triste y oprobiosa de todas las condenaciones morales. Yo os ruego que os defendáis, en la malicia de la vida, contra la mutilación de vuestro espíritu por la tiranía de un objetivo único e interesado. No entreguéis nunca a la utilidad o la pasión sino una parte de vosotros. Aun dentro de la esclavitud material, hay la posibilidad de salvar la libertad interior: la de la razón y el sentimiento. No tratéis, pues, de justificar, por la absorción del trabajo o el combate la esclavitud de vuestro espíritu.

JOSE ENRIQUE RODO

EL TESORO

Con el pico en la mano, muchos metros bajo tierra, sudaba el pobre hombre. Pasaron meses y hasta un par de años de labor infatigable, sin hallar nada. Vivía en un rancho miserable, con los pocos pesos mensuales que le pagaba el patrón, que ya comenzaba a dar muestras de descontento por el poco resultado de la búsqueda. Sin embargo Luis trabajaba con ahínco. No encontraba el tesoro anhelado, pero tenía otro en su casa: su Elenita adorable. Por ella sudaba; todo lo hacía por ella...

Por fin un día encontró la veta codiciada. Con los ojos enormemente abiertos miraba el metal, exclamando bajo, con dramático acento: oro!... oro purísimo!... Al sostener las finas partículas sucias, temblaban sus manos crispadas y terrosas, que de tanto hurgar la tierra semejaban garras. Subió presuroso a comunicar la buena nueva. Jadeante; con la alegría pintada en la cara, corría sin decidirse adonde ir primero, si a su casa o a la del patrón. Optó por avisar antes a don Lucas.

Sonrió satisfecho el patrón. Yo sé que el trabajo debe rendir sus frutos, dijo tranquilamente. Sigue, sigue escarbando buen hombre, que hay que arrancar todo lo que se pueda a la tierra, agregó. Luis salió contento, dándose mucha prisa, camino a su casa. Y vió su rancho pobre, demantelado; una mesa hecha de cajones viejos, una cama desvencijada, dos sillas rústicas... y nada más. Ah! pero tenía a su mujercita a su dulce mujercita; rubia como un sol, tan bella, tan buena! Que importaba la miseria y el sufrimiento! Además, había encontrado oro.

Entró saltando y palmoteando, abrió sus brazos fuertes y estrujó a su adorada compañera. Le anunció la nueva entre besos y caricias.

—Oh Elena... mi tesoro.

—Mi maridito... que feliz soy Luis. Me compraré muchos trajes lindos. Verdad?... Verdad que sí?...

—Todo lo que tu quieras preciosa... Bueno, debo irme, me dijo don Lucas que signiera fuerte allá; y se despidió con un beso lento y dulce.

II

Atardecía. Don Lucas se acercó lentamente hasta el rancho de Luis.

—Hola, visita mía! Ha vuelto tu marido? Encontró metal ya sabía yo que eso era seguro.

—Estoy contenta, no te lo figuras Lucas... ahora tendré todo lo que ambiciono. Nos mudaremos de casa, me vestiré de seda. No es verdad que tu nos proporcionarás todo,...

—No hay duda que te daré el dinero que necesitas para todo eso, mi Elenita... mi tesoro.

Y se unieron en largo y amoroso beso. Temblaron las manos de Lucas al acariciar las mórbidas desnudeces de aquella mujercita adorable.

Sudaba allá abajo el pobre hombre, y temblaban sus manos acariciando el sucio metal...

ANSELMO A. PELOSIO

Buenos Aires, marzo de 1925.

À PROPOSITO DE LAS CRITICAS AL LIBRO "MALDITOS" DE ELIAS CASTELNUOVO

Casi todas las publicaciones más o menos honradas han reconocido, ya, que aquí no aparecen todos los días libros como "Malditos". Salvo algunos reparos — reparos que se le pueden hacer a cualquier obra que no tenga la pretensión de ser perfecta, — la apreciación del libro ha sido unánime. Este segundo volumen de cuentos de Castelnuovo es superior al primero. La nueva generación que debía acoger al autor como a uno de sus más fieles representantes, se dedica, en cambio, a confeccionarle epitafios. Dada la frialdad de nuestra juventud, en verdad, no podía esperar otra cosa. Castelnuovo es uno de los pocos muchachos jóvenes que ha tomado en serio la literatura, lo cual resulta un verdadero contraste entre nosotros donde nada se toma en serio y menos la literatura.

El triunfo de este muchacho laborioso, lejos de agradar a sus colegas menores, parece haberle producido un disgusto incalificable. Empezaron por vaticinarle que se dejaría arrastrar por el "éxito fácil" de su primer libro como si el éxito obtenido por él, no hubiese sido un éxito merecido. Exitos fáciles son aquellos que se obtienen a base de cartel y propaganda y que duran lo que dura una mosca. Aquellos que se consiguen a base de contracción intelectual sólo el autor sabe lo qué cuestan. Luego, los críticos más inmorales le recomendaron especialmente que se mantuviera en la misma línea de "honestidad literaria".

Es muy singular escuchar a una prostituta dando consejos a una mujer honrada. Finalmente, se largaron a buscar la tuerca, el puntito o la palabrita. El crítico de "La Razón" encontró la tuerca en la página 65 de "Malditos" (La revista "Martín Fierro" festejó el hallazgo. ¡Hola! ¿No ha visto usted? ¿No lo sabe usted? ¡Por fin se encontró la tuerca de Castelnuovo!) y Méndez Calzada acaba de dar con la palabrita. Ha hecho, además, otros descubrimientos no menos importantes. Sus opiniones, también, nada tienen que envidiar a sus descubrimientos. Afirma por allí que solo los que poseen un título de médico pueden hablar con "autoridad y suficiencia" sobre enfermedades. Nada hay más falso que esto. Todos aquellos que saben un poco de medicina como Ingenieros y que conocen la catadura intelectual de los médicos, no ignoran que el título, es, sin disputa, la patente de burro con que la facultad premia a los alumnos más pacienzudos. Cuando Castelnuovo trabajaba de linotipista y corrector de pruebas, escribió algunas tesis, con las cuales optaron al título de "doctor en medicina" algunos estudiantes "aventajados". Gracias a su "empirismo ignorante" en terapéutica y cirugía, se graduaron varios doctores escolásticos que ahora andarán matando gente en algún pueblo de campaña. Hay, aquí, una casa impresora — Buffarini — que hasta no hace mucho tenía un empleado cuya especialidad consistía en escribir tesis para los doctores que

no sabían escribir. El analfabetismo de los médicos se entronca con el analfabetismo de los maestros de escuela. Son dos casas similares de cretinismo intelectual. Digamos, en resumen que los que menos saben de medicina, son, precisamente los médicos. De otra manera no se explica que cada día haya más enfermos.

Méndez Calzada, cuyos conocimientos en esta materia son inferiores a los de un médico, habla no obstante, con "suficiencia" de "cómo se transmiten las enfermedades" y de "cómo no se transmiten" y de la "experiencia científica" y de la "teratología" y de la "semiología". Habla como si se pasase el día abriendo cadáveres o con el ojo pegado al microscopio. Estamos seguros, sin embargo, que Méndez Calzada jamás verificó ningún experimento científico, ni vió jamás un laboratorio, ni sabe nada de semiología. Estamos seguros, asimismo, que si le presentásemos un cáncer en un frasco lo miraría y lo volvería a mirar y por último preguntaría — como hizo otro literato en la sala de conferencias del Hospital Centenario — a qué clase de molusco pertenece ese bicho. O si se trataba de un cangrejo... O si era una langosta...

Dejemos la parte clínica y pasemos a la parte gramatical donde Méndez Calzada se muestra más fuerte. Extraña que un hombre con tanta erudición se valga del Campano Ilustrado para enjuiciar la palabra o el puntito. El Campano Ilustrado es el peor de los mataburros. Un dato: falta la palabra sífilis y todos sus derivados: sífilítico, sífilicomio, sífilografía, etc., y se tropieza uno con definiciones como éstas "güelfo, contrario de los gibelinos"; "gibelino, contrario de los güelfos".

Méndez Calzada, no halló la "tuerca" de "Martín Fierro", pero, en cambio, halló cosas equivalentes. Descubrió, por ejemplo, que un señor llamado Carreño a quien no tenemos el gusto de conocer, aconseja no usar sino "en caso de extrema necesidad", *clinudo* por *crinudo* y *presidiario* por *presidiario*. A cualquiera se le ocurre aquí, que, si ese señor Carreño es tan generoso que permite "en caso de extrema necesidad" el uso de una expresión por otra, la indicación carece de "sindéresis". Es de suponer que Castelnuovo se habrá visto en la dura necesidad a que alude el señor Carreño. Dice Méndez Calzada que *cardumen* significa: "Multitud de peces que marchan juntos". Pero, no sabe o se hace el que no sabe que también significa: "America: por extensión, multitud o abundancia de cosas o animales". Por lo que resulta que puede decirse perfectamente: "cardumen de gusanos".

Cita como un ejemplo de "era de noche y sin embargo llovía", esta frase: "El buitre, a pesar de su mirada astuta y penetrante, recibió un balazo en la cabeza". Como el buitre se encuentra entre una banda de caranchos, los cuales no suelen por lo común eludir el peligro y como

anteriormente se hace a un lado y avizora al enemigo, etc., se desprende en conjunto, que un animal con semejante vista debió o pretendió, por lo menos, ponerse a cubierto de las balas. No citamos los casos donde Méndez Calzada adultera la frase o la mutila o la aísla para justificar sus observaciones lingüísticas. Citemos otra oración tachada por la censura: "Una palidez marmórea congelaba los rasgos de mi rostro". No vemos, en esto, nada de particular. Tampoco vemos nada en esto otro: "César se recuesta al muro doblándose en varios sentidos". Méndez Calzada — hombre candoroso — no se explica cómo es esto. Parpadea un largo rato y pregunta: ¿cómo es esto? Y apunta: "otra tuerca". Pues, es muy sencillo a nuestro entender: un hombre se puede doblar para adelante y simultáneamente para un costado u otro. No ha menester que sea un "hombre serpiente" para verificar todos estos movimientos a la vez. Le llama la atención de que haya quien ría con una "risa inconsistente". La risa de los idiotas alienados carece de consistencia y de unidad. Es una risa por momentos llena y estridente, por momentos hueca en absoluto. También le llama la atención que haya quien padezca "raquitismo físico", pero quizás no tenga noticia de que hay quien padece "raquitismo mental". Eso de señalar que no debe emplearse transmutación por cambio o por transformación es el colmo de la "síndéresis" y del "aditamento". Otro ejemplo parecido es el de emplear la palabra lívido por pálido o pálido o amarillo. Todo el mundo emplea lívido, por pálido o muy pálido, pero el diccionario asegura que lívido significa: "amorado". Castelnuevo sabe que se dice *coocer* y dice cocinado, sabe que se dice *per* y dice pescado, sabe que se dice *encender* y dice prender, etc., y lo dice porque el uso lo ha consagrado así. O lo dice porque se le antoja decirlo: él no trabaja a sueldo para la Real Academia de Madrid ni escribe para deleitar a los enamorados del idioma de Cervantes. También, señala una expresión común: "levantar los brazos en vilo", y asegura que solamente "lo que está colgado o suspendido en el aire" — el sol, la luna — está en vilo. Ignora, por lo que se ve, que esta locución significa también: "Con indecisión, inquietud y zozobra". Razón, por la cual, un hombre puede levantar tres veces los brazos en vilo sin contravenir las leyes del diccionario. Llegamos, por fin, a las palabras verriñon y verriñondo. ¿Qué significa vulgarmente verriñondo? ¿Qué es verriñondo? Consultemos el mataburros: "Verriñondo, dícese del puerco y de otros animales cuando están en celo". Sabido es de que las bestias cuando están en celo despiden un tufo penetrante y acre que satura todo el ambiente. El chivo es el caso más típico. Por lo demás, le ocurre en menor escala al perro y al gato. Entendemos por verriñondo todo aquello que se relacione con un animal en estado verriñondo, inclusive el tufo. ¿No se puede decir, entonces, "un rancho miserable y verriñondo lleno de gatos y perros"? ¿Es decir: un rancho que emana los fluidos propios de un animal en celo o que está impregnado de él?

Niega que una piel enquistada pueda ser una

piel llena de quistes. Una piel llena de quistes para él es otra cosa... ¿No se dice de una piel llena de úlceras que es una piel ulcerada? ¿Por qué está mal dicho eso?

Esto es todo cuanto se refiere a la parte gramatical de la obra. En lo que se refiere al contenido, el defecto más grande que encuentra Méndez Calzada es que Castelnuevo se parece extraordinariamente a los grandes escritores rusos. Todos los grandes escritores se parecen entre sí o por lo menos, tienen cierto aire de familia... inconfundible. El hecho de que se parezca a alguien no le resta ningún mérito. De aquellos que presumían no tener filiación literaria dijo Payró que dijo Goethe que "eran imbéciles por voluntad propia". A propósito de Payró, anotaremos que el paralelo que estableció él con anterioridad, entre Castelnuevo y Dostoievski, Gorki, Andreiev, y en último término, Artzibachev, es, exactamente, el mismo que establece Méndez Calzada, lo cual no sienta bien en un hombre que habla del "austero camino de la probidad literaria". También repite aquello de que en "Andreiev la fantasía y la realidad se amalgaman en singular aleación". Es muy elocuente esta "concordancia vizcaina", de opiniones.

Habla, más tarde o más temprano, de la "influencia visible" que ejerció y ejerce la literatura rusa en nuestra literatura... En esto no hay tampoco "síndéresis". El prototipo del escritor ruso es un modelo de escritor vigorosamente masculino, mientras que el prototipo del escritor nacional se caracteriza por lo contrario... Nuestros literatos ventrílocuos se cuidan muy bien de dejarse influenciar por los escritores rusos. Digamos que la influencia de la literatura rusa, es por el momento en nuestro medio, completamente nula.

Digamos, también, que aquí no hay, ni hubo, ni habrá una literatura autóctona y menos, mucho menos, argentina... o euríndica. Empecemos por señalar que hablamos una lengua que no es nuestra y que los mejores escritores argentinos, son uruguayos... Añadamos que la mayoría de las personas con talento que pueblan nuestro territorio sino son extranjeros, son hijos de extranjeros. Señalemos que no habiendo una literatura indígena, el que no aprende a escribir con los libros rusos, aprende en los libros españoles o franceses, porque ninguno en ninguna parte nace sabiendo...

Nada de lo que nosotros tenemos es materialmente nuestro, exceptuando el mate o las boleadoras. Y entre mirar hacia Francia o hacia España que está en decadencia, es preferible mirar hacia Rusia que es el pueblo más sublime y grandioso de la tierra.

El problema de la originalidad es un problema difícil de resolver, aún tomando como base aquellos conglomerados étnicos indiscutiblemente originales. ¿Qué es la originalidad? ¿En qué consiste la originalidad? "¿Hay algo — en verdad — de lo cual se pueda decir: he aquí, esto es nuevo? Nada hay nuevo debajo del sol". Tolstoi, es original en la Argentina, pero no lo era en Rusia donde tenía similares. La originalidad es una cosa muy relativa y dentro de esa relatividad, podemos decir que Castelnuevo es original entre

ARTE NATIVO

Hace dos o tres años tuvimos ocasión de conocer un conjunto de provincianos entusiastas, que nos trajeron un hálito de la vida campesina. Los elementos eran bien pobres; pero esta condición fué, a nuestro parecer, no poca parte en el éxito que el cuadro obtuvo. Es lógico que el espectador se sienta atraído por la verdad del espectáculo. Trasladar un rancho de Santiago del Estero al Teatro Politeama, es cosa que encanta como anticipo del viaje que siempre proyectamos. Y la mayor veracidad en los detalles, especialmente, conquistan el espíritu.

El conjunto de que hablamos lo dirigía el santiagueño Chazarreta, que tocaba medianamente la guitarra, pero con el calor y el sentimiento del que ha debido servirse del instrumento — el más íntimo de todos — para consuelo de largas horas de tristeza.

La orquesta era algo emocionante y bella. La presencia de esos hombres en toda su sencillez nos llenó de emoción. Un viejo de cabellos blancos, con unas gafas negras, tocaba el arpa. Un muchacho tocaba el violín. El traje le quedaba chico por todos los extremos. Había también dos guitarreros y un muchachón que tocaba la caja. Todos ellos con la traza del que se ha endominado para venir a la ciudad a tocar una chacarera. Los instrumentos eran primitivos, la música, simple, a veces, torpe; pero, cómo nos hacía vivir las horas tristes de la miserable campiña argentina, cómo nos hablaba de los días largos, de la vida mansa y ardiente del aborigen.

¡Y cuánta gracia había en el baile! Las mujercitas parecían tímidas palomas, los hombres giraban taconeando alrededor de ellas como machos en celo, las perseguían, las requerían y había en todo este juego amoroso la pureza de una música sentimental, lenta, cadenciosa, impregnada de tristeza.

nosotros porque no se parece a ninguno. ¿A quién de los escritores nacionales se parece? A nadie. Aquí, el ambiente literario, está infectado de escritores mediocres sin personalidad ni sexo que se influyen mutuamente y se transmiten recíprocamente su mediocridad.

Con respecto a que aquí no hay "espíritu evangélico" es una afirmación inexacta. Aquí, como en todas partes, hay buenos y malos, santos y canallas. No habría más que darse una vuelta por los sindicatos obreros, por no citar otro sitio y se vería inmediatamente si hay o no, espíritu evangélico. La virtud y el vicio no tienen patria. Tampoco tienen patria los santos para situarlos en Rusia. El santo nace donde la providencia lo pare.

Habla, por fin, del *estilo*. Méndez Calzada, asegura que de Castelnovo "podría decirse que está permanentemente en vísperas de poseer estilo literario".

Probablemente no lo consiga nunca. Además, no le sentaría bien. Castelnovo, no admira las virtudes superficiales y le puede regalar generosamente "el estilo" al señor Méndez Calzada.

R. CHAVES.

Este año un nuevo conjunto se ha presentado en el Politeama. Esta vez hay directores artísticos. Guido y Manuel Gómez Carrillo son los directores. Cuentan además con el concurso de la señora de Cabrera, que tiene inteligencia, gusto, y voz agradable. Conoce la guitarra y toca con una habilidad y gracia extraordinarias y pone tanta emoción en las canciones que conmueve hondamente al auditorio. Tiene además cierta peculiaridad nativa.

Del conjunto hemos reconocido a Patrocina Díaz que tiene una voz suavísima y a Pedro Jiménez que es uno de los buenos bailarines. Pero esta vez, los nuevos directores han hecho algunas partes teatrales. Hay algunas comparsas que representan; no son. Por ejemplo, canta un trovero que no sabe tocar la guitarra. ¿Es esto admisible? En las decoraciones, que son buenas, aunque trabajadas con un propósito efectista, se hace un derroche de alfarería india, de alfombras teñidas. Por otra parte el auditorio se muestra algo desconcertado, porque la orquesta no es del pago. Esta vez son buenos músicos los que ejecutan las diferentes piezas estilizadas por el maestro Gómez Carrillo. Es verdad que esta compañía ha realizado un serio trabajo al reconstruir, según datos históricos, costumbres que datan del año 1830 como el cuadro de La carreta y el Federal que es un tema bien estudiado y que logra impresionar dramáticamente. La escena representa una sala en la época de Rosas. Se baila el Federal. Los hombres tienen la rigidez de sus cuellos y sus chalecos abrochados. Las mujeres muy modosas con sus amplias polleras, se abanicaban lentamente. La música es simple y elegante, un poco triste si se quiere. De repente, en la calle silenciosa se oye el ronco grito del sereno:

—Vi-va la santa Fe-de-ra-ciooon
Muuueran los sal-va-jes unitarioooo
las 12 han dado... y sereno...

Los danzantes han quedado sobrecogidos por el terror.

Como se ve, es un cuadro artístico y evocador. Las danzas nativas también gustaron muchísimo. Más que la Zamba, la Chacarera doble, más que ésta el Escondido, la "Nostalgia indígena" que cantó Patrocina Díaz llegó a angustiar por los ayes largos y desgarradores que son el estribillo de la canción:

Flor de chachal
Flor de nogal,
Tan lejos me hallo
Sin poder llegar,
Ay... ay... ay... ay...

Tememos por estas compañías de arte de América. Con el tiempo, halagadas por el público, van a ir teatralizando más y más estas escenas silvestres, hasta despojarlas de la emoción virgen que es la base del éxito artístico que obtienen. El público de la clase pudiente, como de costumbre, guarango, no respetó la representación. Las mujeres flirtearon molestando con su charla, y los hombres acompañaban silbando las piezas que la orquesta ejecutaba. Guarangería de la gente rica.

BIBLIOGRAFIA

LIBROS BUENOS Y LIBROS MALOS

"Las primeras golondrinas" (Novela inspirada en el ambiente social) por Cosme Mariño 2.ª edición

El señor Cosme Mariño es persona de nombradía por sus actividades espiritistas. Parece ser que la relación con los espíritus que pueblan el espacio es altamente beneficiosa, pues el señor Mariño ha llegado a una segunda edición de diez mil ejemplares de su novela. El libro que nos ha enviado está finamente dedicado a "D. Ramiro de Maeztú, escritor, colaborador de 'La Prensa'". Pero como también se nos adjunta una carta no dudamos de que nos pertenezca. Y como estamos bien dispuestos para la lectura nos enfrascamos en la de "Las primeras golondrinas".

"Corría el año 1900". Aquí empieza nuestra desdicha. El señor Cosme Mariño tiene el mal gusto de moralizar. Pertenece a esa especie de moralistas que usan la literatura como versículo de sus máximas. Si D. Cosme Mariño supiera componer una novela entretenida, (no hay derecho a aburrir a la gente) se le podrían admitir sus consejos; pero ocurre todo lo contrario. Como no tiene talento literario, todo lo que nos dice, lo dice mal y sin gracia y sin verdad humana. Por ahí nos presenta una señora Del Pino que "estaba dotada de un alma esencialmente religiosa, pero en su concepto la religión era armonía de la conciencia en su dependencia de una 'Causa superior', (sic). De este calibre son las barrabasadas del señor Mariño.

Hay en nuestro ambiente infinidad de escritores que como el que nos ocupa han errado el oficio, lo saben y aún persisten en el error. En el caso de D. Cosme Mariño, el hecho adquiere contornos singulares. Admira la pertinacia de este autor que llena cuatrocientas páginas de novela sin tener vocación para el género. Se nos ocurre que el cansancio que experimenta el lector, lo ha de sentir el autor. Y entonces, ¡qué capacidad para el martirio tiene este señor Mariño! Largos discursos sobre tópicos distintos constituyen los capítulos de su libro. De pronto nos ataca con este párrafo: "Por eso he dicho que no basta el cumplimiento del deber para ciertas circunstancias difíciles, que casi siempre se presentan en nuestra azarosa existencia, y ya que tenéis una inteligencia clara y un corazón inclinado al bien (¿?), debéis aprovechar estas condiciones favorables para plantear y resolver los problemas que desde la infancia de la humanidad la atormentan: ¿qué es lo que somos? ¿Adónde vamos? ¿de dónde venimos?"

Cualquiera creería que D. Cosme Mariño nos va a dar la clave de estos problemas; pero no es así. Lo que nos sigue dando es como lo que nos dió: discursos y discursos. Está sin querer él sospecharlo en la duda agnóstica que Darío cantó:

Y no saber dónde vamos
ni de dónde venimos.

Y así, curiosamente, llegamos a las treinta páginas y, por fin, entran en acción unos enamorados. Nos aplicamos al estudio de este capítulo. Estábamos frente a un caso interesante. ¿Cómo encargaría este moralista espiritista el problema amoroso? Pero — ¡oh, desilusión! — en este punto Cosme Mariño es Josué Quesada.

Dice la novia: — Tu serás mi guía, como más fuerte y más inteligente (se ve que no conoce a las mujeres) y yo seré tu obediente esposa que extenderá sus cuidados y dejará correr el raudal inmenso de su amor sobre todos los seres que se hospeden en nuestro hogar. (¡Qué lindo, ¿no?)

Los personajes todos de este libro aludean la voz para hablar. Y en este tono pasan revista de algunas cuestiones fútiles y las comentan con afectación de dómimes. Llegamos penosamente a la página 67 y no ha ocurrido nada. Si los personajes de la novela han asistido a una fiesta es porque el moralista quería disertar sobre la vanidad, la sensualidad y el falso brillo. El estilo es deficiente: "no hallaréis en vos lo que necesitáis"... "permitidme una interrupción. Noto que en tu deseo"... "reproches con tono suave, aunque no siempre destituidos de cierta ironía..."

Bueno; ya dijimos que esta novela tiene la impresionante cantidad de 436 páginas. Nosotros nos declaramos en huelga. Si algún espiritista desea continuar, le prestamos el volumen y que Dios le ayude a digerirlo.

—:—

Renovación. — El último número de esta revista trae excelente material. Julio R. Barcos, el activísimo escritor, firma un artículo que se nos antoja un poema, por raro contraste sencillo y profundo, llano y vibrante.

Colaboran también: Barreda Lynch, Levene, Gutiérrez Cruz, Alvarado, Orzábal Quintana, Carlos Sánchez Viamonte, Haya de la Torre, Saenz Hayes, Palacios, Juan Lazarte y J. Moreau.

Con este número, Renovación se coloca en primera fila de la prensa revolucionaria de nuestro país.

—:—

Un nuevo derrotero para la preceptiva literaria,
por José María Monner Sans.—

Con la indiscutible autoridad que en la materia tiene D. José María Monner Sans, en su doble carácter de catedrático y estudioso, ha compuesto un folleto con consideraciones acerca de la preceptiva literaria, encarándola desde un compuesto un folleto con consideraciones acerca de ciencias consagradas en el arte de enseñar la retórica.

Ya conocíamos este trabajo y lo habíamos destacado del material de la revista "Nosotros", del mes de febrero.



Después de vender los últimos chanchos, el Sr. Aldo Tesarolino, y su esposa, la Sra. Anunciada Ritagliati, celebraron una importante conferencia.

Convinieron en ella, que dada la existencia de un capital bastante regularcito, urgía cambiar de vida... pero discutieron mucho, antes de ponerse de acuerdo en "cómo cambiarían de vida".

Mientras el Sr. Aldo, de sesenta años cumplidos, afirmaba que le había llegado la hora de descansar y gozar del fruto de su trabajo, y exigía se sustituyera el régimen imperante hasta entonces en la comida: repollo y achicoria en ensalada, los Lunes, Miércoles y Viernes; sopa sin carne, los Martes y Sábados; tallarines con aceite y ajo, los Jueves, tallarines con jugo de carne, los Domingos, por el de carne en abundancia todos los días, y raviolos y vino, los Jueves y Domingos; la Sra. Anunciada, joven todavía, rubia, hermosa, con pintas de romanticismo, pretendía hacer comprender a su marido, todo lo vergonzoso de sus aspiraciones.

Descansar él, un hombre en la flor de la edad, esposo de la sobrina de un cardenal, padre de dos varones y seis niñas a quienes había que instruir y casar dignamente; comerse en dos años la poca plata ahorrada, destruyendo de golpe y porrazo el beneficioso sistema de economías, para saciar la gula, la maldita gula!

¡No sería así! Lo indispensable era comprar casa en las inmediaciones de la ciudad, las niñas la querían en el centro mismo, pero ella nacida y criada en el campo, se ahogaría...!; una vez comprada la casa amueblaría sala, una sala "en púrpura y dorado" como la del abogado Maine.

ri, luego, se buscaría sirvienta. ¡Ya era tiempo de que la sobrina de un cardenal, y sus hijas, ocuparan el lugar que les correspondía!

El Sr. Aldo, según la severa expresión de su esposa era "un perfecto panete" y no tenía derecho a pretender, se le respetaran sus opiniones. Demasiado alto había subido al casarse con la sobrina de un cardenal, siendo como era hijo de un triste boticario. La Sra. Anunciada, gracias a su origen preclaro, veía más lejos y mejor; por eso triunfó su decisión, y se compró casa en las inmediaciones de la ciudad, y se amuebló sala y se empezó a buscar sirvienta.

Era evidente: la nueva posición exigía sirvienta, pero eso de privarse mensualmente de 30 ó 40 \$ para pagar a una china, que sola, come más que toda una familia decente y gasta una barbaridad de ropa y zapatos... La Sra. Tesarolino sentía ansias de agonizante, imaginando el momento en que, por haberse cumplido un mes, le sería necesario descoser una punta del colchón, para sacar de la bolsa mugrienta, escondida entre la lana, tres o cuatro billetes de diez pesos!

Por eso pasaban las semanas y las niñas Tesarolino continuaban amasando el pan, lavando la ropa y los pisos, cocinando, cuidando las gallinas y las cabras.

—Pero Anunciada — observaba bonachonamente el Sr. Aldo, tú quieres tener sirvienta, sin gastar un centavo.

—Yo sé lo que quiero, contestaba ella despectivamente.

Quiso la buena estrella de la señora, que a los dos meses de habitar en la nueva casa, la mayor de sus hijas, Santina, una hermosísima morena,

de un moreno muy intenso "porque — explicaba la madre — había tenido por nodriza a una cabra negra" empezara a noviar con un empleado de los tribunales.

Sustentaba la Sra. Anunciada, la teoría de que debe hacerse pagar a los hijos, hasta el último cobre de los gastos que han originado, no habiendo ningún inconveniente en que contribuyan a saldar la deuda, los novios de las hijas.

Santina era maestra de piano, y ganaba noventa pesos al mes.

De esos noventa pesos, ochenta tomaba la Sra. Anunciada, y diez dejaba a Santina para que los gastara a su antojo, después de apartar de ellos, lo necesario para pagar los viajes en tranvía y las medias, a la hermanita menor.

Cuando Santina entró en relaciones con el empleado de los tribunales, la Sra. Tesarolino, recordando la época feliz de su noviazgo, dió emocionada el consentimiento para las visitas oficiales, mientras su ojo avizor veía ya resuelto, sin mutilación del capital, el difícil problema de la sirvienta.

Hizo el novio, a Santina, la tercera visita, un Jueves por la tarde; al despedirse de la Sra. Anunciada fué invitado a participar del almuerzo del Domingo. La Sra., riendo picarescamente, le recomendó se trajera del centro, tres o cuatro kilos de asado, pues por aquellos barrios no se encontraba carne que sirviera, y continuó, ni ella, ni Santina, tomarían a mal que él agregara al asado un poco de "factura de cerdo" y unos postres... En esos lugares, una menudencia costaba un ojo de la cara!

Por lo demás ella le hablaba en confianza, como a un hijo.

El Domingo, fué un día de gloria para el Sr. Aldo: comió tallarines, comió carne asada, comió pollo estofado, comió fiambres, comió pasteles, frutas, torta. Y bebió, ¡Dios bendito! bebió vino de Asti, y no un dedo o dos dedos, como en otras ocasiones en el día de su santo, nó, bebió tres copas llenas, sin una gota de agua.

Cuando el almuerzo tocaba a su fin, el Sr. Aldo, hacía guiños maliciosos a Santina y al novio.

La Sra. Anunciada, ni por un segundo perdió la serenidad habitual. Ella, con profunda desesperación de Santina, había dispuesto el orden de sucesión de los manjares: los tallarines debían ir primero, porque, el que se come un buen plato de tallarines, no queda con ganas de comer otra cosa, y así, podría guardarse todo lo demás, casi intacto, para los días siguientes. Los fiambres debían ser los últimos, porque podrían soportar sin echarse a perder, hasta el otro domingo, si era necesario. En cuanto a la torta, la Sra. Anunciada, había encargado muy especialmente, a su prole, que afirmara "no guatar más", cuando se llegara a ella.

El Sr. Aldo, echó por tierra los preparativos de su esposa; cuando las niñas, tragando saliva, brillantes los ojos de deseo, respondían: "no, gracias, no gusto más", el Sr. Aldo, envalentado por las copas de Asti, insinuaba zalamero:

"pero, Anunciada, esposa mía, probémosle si quiera". Y así, nada quedó intacto.

La Sra. Tesarolino, se resignó a salvar algo siquiera del desastre, y cada vez que su hija Marieta, se levantaba para retirar los platos, la señora aconsejaba: recoge lo que ha quedado en los platos, y échalo en la fuente, hija mía; todos somos de confianza y no hay por qué tirar.

Concluido el festín, la señora abordó la cuestión sirvienta, haciendo notar al novio, lo cara que resultaba una china... El enamorado no la dejó terminar.

—Pero Sra. Anunciada, con sacar una muchacha del Buen Pastor! ¡No son más malas que las otras!

—Pero dígame, Bóscolo, hijo mío no hay que sacarle una libreta de banco y depositarle quince pesos al mes?

—¡Pataratas! Sra. Anunciada. Deposita Vd. si quiere, y lo que quiere, nadie le pedirá cuenta de eso!

Esas muchachas — agregó el Sr. Bóscolo — tienen sobre las otras, la ventaja de que Vd. puede manejarlas y corregirlas a su antojo. Vd. Sra. Anunciada, a una "paga" no la puede tener descalza; si Vd. Sra. Anunciada, a una "paga", le da una bofetada para quitarle un vicio, la muchacha, o la insulta, o se le escapa, o le muerde la mano. En cambio, las del Buen Pastor, no tienen más remedio que aguantar.

Inmediatamente, el Sr. Bóscolo, deseoso de que lo dejaran solo con su novia, se ofreció a conseguir la sirvienta. Y ¡claro está! la Sra. Anunciada no esperaba otra cosa!

Llegada la noche — ya no estaba el novio — reunidos los Tesarolino alrededor de la mesa, bajo la poética influencia de la lámpara familiar, la Sra. Anunciada, satisfecha de los acontecimientos del día, habló a su esposo y a sus hijos que devoraban el resto de los tallarines de mediodía.

"Tú sabes Aldo, y ustedes también saben hijos míos, que yo soy sobrina de un cardenal. Hasta ahora hemos llevado una vida indigna de mi categoría, pero, gracias a Dios, podremos relacionarnos con lo mejor de la sociedad. Nuestra sala es igual a la del abogado Maineri, y vamos a tener sirvienta.

Mañana será el último día de trabajo para ustedes hijas mías; pasado mañana, o a más tardar el Miércoles tendremos sirvienta. Pero ¡cuidado! No hay que olvidar quiénes somos. No debemos darle confianza. No olvidemos que es una china.

Así habló la Sra. Anunciada. Cuando hubo terminado, a Santina se le ocurrió preguntar: y ¿adónde dormirá la sirvienta, mamá?

—En el galpón, junto a las cabras; en invierno estará muy calentita, y en verano, con dejar abierta la puerta...

—Uy! ¡qué miedo! dijo Santina.

La Sra. rió sonoramente, y mirando con ternura a su hija, exclamó: ¡Qué inocente eres Santina, hija mía!

El Martes, a las tres de la tarde el Sr. Aldo trajo a la china. Era una muchachita de trece

años, alta, gruesa, de tez color chocolate pero de facciones finas. Tenía unos ojos pequeños, renegridos y terriblemente pícaros, que reían sin parar, entre las pestañas largas y tiesas como alambres.

La señora Anunciada se sentó en un sillón, detrás de ella de pie, se colocó el Sr. Aldo, los hijos formaron semicírculo en torno de los padres, y se permitió a la recién llegada, la entrada al comedor.

La señora Anunciada la miró atentamente.

—Cómo te llamas?

—Micáila de Paú.

—(Micaela de Paúl, señora, debes decir; es necesario que aprendas a ser respetuosa.

—Sí señora.

—Cómo te llamas?

—Micáila de Paú, señora.

—En qué casa has estado sirviendo?

—En lo de Juale Olmo.

—Señora, te he dicho, señora, corrigió la señora Anunciada, y dirigiéndose a su esposo continuó: ¿Quiénes son esos Juárez Olmos, Aldo? Los conoces tú?

—Ni los he oído nombrar, Anunciada.

—Los conoces tú, Santina, hija mía?

—Al conservatorio no van, mamá.

—Bah ¡gente rústica! ¡Unos pobretes sin duda!

—No que no son pobrete, son ricachone — terció la china.

—Vas a saber tú, más que yo? He dicho que son unos pobretes.

—Si tiene una estancia en la siella...

—No me contestes; son unos pobretes. ¿Qué trabajo hacías allá?

—Ponél la mesa, hacél lo mandado y llevá a pasía lo niño.

—Y lo demás del trabajo ¿quién lo hacía?

—La cocinela, do mucama y un chico.

—No mientas; lo que más aborrezco es la mentira; en casa de mi madre, que era hermana de un cardenal, no había más que una sirvienta, y esos pobretes van a tener cinco!

—Peló...

—Te he dicho que no contestes, insolente.

Los ojos de la china ríen jubilosamente.

—Cuántas piezas tenía la casa?

—¡A vé! La sala, la antesala, el comedor, el comedolcito chico, el dormitorio de la señora, el del señor, el de la niña Elsa, el de la niña María, el del niño Luí, el cotulelo y el eclitolio.

—Por qué saliste de una casa tan grande y tan lujosa? — preguntó con sorna la señora Anunciada.

—Yo no salí; me sacaron con engaño; un día la señora me dijo que acompañara a una de la mucama a comprá una gollita, y la mucama me llevó al Buen Pastól.

—Ah! Tú debes ser una mala pieza. Ten mucho cuidado, porque esta es una casa seria y honrada.

—Si no hice nada, señora, me sacaron con engaño.

—Y por qué te pelaron?

—Yo no sé; un día la señora me llamó y le

dijo a la cocinela que me pelara...

—Bueno, bueno; tú nada sabes, pero ten cuidado y marcha derecho. ¡Si no!

—Anda Marieta, — agregó dirigiéndose a una de las niñas — llévala al galpón que se descalce; los zapatos no son para todos los días, después que arregle el fuego y ponga el agua para el mate, y mientras el agua se calienta que vaya a buscar las dos cabras que se escaparon, que acabe de lavar la ropa que está en la pileta y dé de comer a las gallinas.

Marieta, salió guiando a Micaela, mientras la señora Anunciada, con un suspiro de satisfacción exclamaba: Al fin, ya tenemos la china... pero es una pícara, dijo el Sr. Aldo cuando los dos se quedaron solos, a mí no me engaña...

El Sr. Aldo contestó convencido: Nunca, Anunciada, en toda mi vida, he visto un modo de mirar tan desvergonzado.

Micaela entre tanto, se descalzó, encendió el fuego, puso a calentar el agua para el mate, y salió en busca de las cabras.

—Pala donde agallaron, niña? — preguntó.

—Para la plaza — contestó Marieta.

La china salió; al cabo de media hora, volvió trayendo a empujones, dos cabras.

Al verlas, la señora Anunciada se enojó. ¡Pero bruta, esas no son nuestras cabras!

El Sr. Aldo intervino conciliador: Anunciada, esposa mía, que las deje; si no las vienen a buscar se quedarán para nosotros. ¡Al fin! donde comen seis, comen ocho.

¡Bravo Aldo! dijo la señora sonriendo. Anda, china, enciérralas y después, busca las de nosotros; una es toda gris, la otra marrón, con el pecho y las patas blancas.

Micaela tornó a salir, y tres cuartos de hora después volvió, entonces, con las verdaderas fugitivas.

En ausencia de la china, el agua había empezado a hervir y fluyendo a borbotones por el pico de la pava, mojó el fogón y el piso de la cocina.

Marieta dió dos bofetones a la negrita "Para que aprendan a tener cuidado y a no enfretarte por la calle", explicó.

Micaela cebó mate, guardó en el cajón de la mesa de la cocina, la rebanada de pan, que le dieron para merienda, esperando tener un momento libre para comerla; terminó de lavar la ropa contenida en la pileta, puso a hervir la achicoria para la sopa y encerró las gallinas.

Fué luego a recoger los tomates que se secaban en la azotea y volvió a la cocina a preparar la comida, bajo la dirección de la Sra. Anunciada.

Sobre la mesa encontró la señora, un tacho lleno de maíz.

—No diste de comer a las gallinas!

—¡Ay! ¡No señora, no tuve tiempo!

—No tuviste tiempo? Y qué has hecho en toda la tarde, haragana! Te crees que te he sacado del Buen Pastor para que hagas de niña!

La Sra. Anunciada dió dos escorrones a la china.

Llegada la hora de la cena, Micaela puso la

mesa y mientras los señores y los niños comían, fué a partir leña pues a la mañana siguiente había de encender el horno.

El Sr. Aldo y sus hijos, hicieron desaparecer en un santiamén, la ración de sopa y pan; la señora Anunciada dejó en su plato una cantidad microscópica de verdura.

—Para la china — dijo.

—Pero Anunciada, esposa mía, intervino el Sr. Aldo, no la acostumbres mal, con un pedazo de pan y una taza de mate cocido tiene bastante.

—No; no quiero que pase hambre en esta casa — contestó resueltamente la Sra., y cortó una rebanada de pan transparente a fuerza de ser delgado, y poniéndolo en el plato con verdura, llamó a la sirvienta.

—Levanta la mesa, limpia el comedor, y después vete a cenar.

Micaela cenó, lavó los platos y se sentó a tejer.

—En esta casa no hay que perder un minuto — dijo la Sra. Anunciada — ahora, mientras te descansas, tejes; la niña Marieta te enseñará.

A las diez todos los niños, excepto Rosita que se quedó estudiando y Ernesto el mayor, que había salido, dormían profundamente.

A las once, se acostaron el Sr. y la Sra., encargando a la china, esperara la vuelta del niño Ernesto, para abrir y cerrar la puerta de calle.

En la cocina quedó sola la sirvienta, pero a poco apareció la niña Rosita: "Ya he terminado de estudiar — dijo — pero me quedaré contigo hasta que vuelva Ernesto, para que no tengas miedo.

Cogió un banco y se sentó junto a la china: "Cuando te vayas a dormir, cierra bien la puerta del galpón y arrímale el baúl viejo; una noche se entró un hombre, mató al perro y se llevó dos cabras.

—Yo no tengo miedo! afirmó Micaela.

Rosita contó después a la sirvienta, lo que se proponía ser cuando fuera grande; Micaela a su vez, animada por las confidencias, dióle a conocer sus esperanzas: Ella sería muy rica, cambiaría de nombre, Micaela de Paúl no le gustaba; quería llamarse Adelaida Corazón Azul; se compraría muchísimas joyas, no saldría dos veces con los mismos aros; tendría cadenas, collares, relojes y pulseras a montones; se bañaría en un baño lleno de agua florida, usaría sombrero con plumas, tendría automóvil, seis sirvientas y una señora de edad que la acompañaría cuando saliera, para mayor respeto.

Tan entusiasmada estaba con las futuras riquezas, que no oyó los golpes que el niño Ernesto daba en la puerta de calle.

—¡Maldita china! gritó desde el lecho, la Sra. Anunciada. ¡Se habrá dormido!

—No señora — respondió Micaela — voy colliendo.

Micaela abrió la puerta, pasó el niño Ernesto y ella colocó la cadena y puso llave al candado.

—Andá a prender fuego — ordenó el niño Ernesto — calentá agua y cebame mate.

—Haceme un poco de te china, gritó la Sra. Anunciada.

La china hizo te, cebó mate, y a las doce y cuarto se acostó. A pesar de su valiente afirmación tenía miedo, y de rato en rato, le parecía oír las pisadas del hombre que iba a robar las cabras.

En los intervalos pensaba que siendo el Sr. Aldo viejo ya, no se le ocurriría perseguirla, exigiéndole pruebas amorosas.

Tenía Micaela trece años, y una historia, cuyo principio ignoraba.

Sabía que de pequeña había estado en el Hospicio, pero afirmaba a la vez, que la habían sacado de allí cuando solo tenía seis meses y que recordaba el sabor detestable del loco, que a los huérfanos se servía en el asilo.

Evidentemente desde pequeña había estado en lo de Juarez Olmos. Su vida en aquella casa era muy bella. Por la mañana iba a la escuela, por la tarde preparaba los deberes, y llevaba mensajes desde el comedor y el costurero a la cocina, y desde la cocina al costurero y al comedor. Pero a partir de los once años, el niño de la casa empezó a perseguirla brindándole y pidiéndole caricias.

Una tarde la señora advirtió esos manejos, no se dió por informada, pero al día siguiente, con engaños, la hizo llevar al Buen Pastor.

En el Buen Pastor, oyó la conversación de muchas mujeres, y conoció por referencias, los vastos horizontes que descubre la vida ante las mujeres fáciles.

Una de las prisioneras le dijo una vez: Vos tenés unos ojos muy pícaros y cantás muy lindo, a más vas a tener un lindo cuerpo; cuando seas grande andate a un café cantante.

Después de tres meses de estadía en el Buen Pastor, una anciana Sra. fué a buscarla. Mientras iban en el coche, la Sra. aconsejaba: Mire mi hijita, pórtese bien; en casa mi hija, el trabajo es poco; tenga buena conducta a ver si se queda con nosotros hasta que sea mayor de edad.

La hija de aquella anciana, era la Sra. de García, y en su casa — era verdad — el trabajo no abrumaba. La familia se componía de tres personas, y había una cocinera y un muchacho para los mandados.

Todo hubiera ido bien si al Sr. García, como al niño de los Juarez Olmos, no se le hubiera ocurrido requerirle amores a la china.

La Sra. anciana percibió la actitud de su yerno, y Micaela fué devuelta al Buen Pastor.

Entonces pasó un mes solamente en la casa correccional, el niño Juarez Olmos, había sido llevado a estudiar a Europa, y la Sra. juzgó que Micaela podía volver a la casa sin peligro. No estando el niño Luis, la china se prometía vivir tranquila en lo de Juarez Olmos, hasta que le llegara la hora de ir al café cantante, pero el Sr., que hasta entonces no había reparado en ella, empezó a mirarla con insistencia, a perseguirla asiduamente...

En pago del amor obtenido le regaló una pulsera.

Pocos días después, habiéndole visto la pulsera la Sra. de Juarez Olmos, preguntó a la china,

de donde la había sacado, la china mintió, se enredó y al fin la descubrieron. De nuevo fué llevada al Buen Pastor, pero antes quiso la Sra. castigar a su rival, llamó a un peluquero e hizo que dejara la cabeza de Micaela, limpia de cabello como la palma de la mano "Así por algún tiempo — le dijo — al despedirla — ningún hombre te mirará".

Y aquella tarde, después de mes y medio de permanencia en la correccional, el Sr. Aldo había ido a buscarla. Y en esa noche la china se durmió pensando: Por lo menos el Sr. Aldo, que es viejo, no me perseguirá...

A la mañana siguiente, un rebencazo la despertó.

—Te he llamado tres veces, china — dijo al verla abrir los ojos, la niña Marieta — y si no te vistes en medio segundo, te echo una jarra de agua.

Micaela se vistió rápidamente; era la más ligera de todas, en el Buen Pastor.

—A prender el horno — le dijo la niña Marieta — y pobre de tí si me resfrío; por tu sordera he tenido que levantarme medio desnuda.

Micaela fué a prender el horno.

—¡China! ¡china! llamaron impacientemente de adentro. Micaela corrió.

—Prende fuego, pon a calentar el agua y ceba mate para el Sr., ordenó desde la cama, la Sra. Anunciada; a mí prepárame una taciña de té; haz el café para el niño Ernesto que debe salir a las siete y media.

Micaela hizo arder la leña en el horno y volvió a la cocina a encender el fuego. Puso la pava con agua sobre la lumbre, y corrió a soltar y dar de comer a las gallinas.

Empezó a cebar mate. Cuando se presentó con el primero la Sra. Anunciada se incorporó violentamente y le dió un bofetón: Desfachata-da — le dijo — te he pedido una taza de te, pero piensas primero en servir a los hombres.

—E que el agua no helvía señola...

—Cállate atrevida! Ya empiezas a arruinarme la sangre.

—Anunciada, esposa mía, intervino el Sr. Aldo, dulcemente, no te disgustes, puede hacerte daño. Toma este mate, enseguida te traerán el té.

La Sra. Anunciada consintió y Micaela preparó el te.

Luego, mientras el niño Ernesto bebía el café, Micaela le lustró los botines.

Cuando después de haber cerrado la puerta de calle, la negrita volvió a la cocina, encontrándose allí con el Sr. Aldo.

—¿Y el mate? ¿no te dijo la Sra. que me cebaras mate? ¿Y el horno? ¿Encendiste ya el horno?

—Sí señol, lo encendí.

—Andá a traer la taza de te, de la Sra., preguntale si no desea otra cosa y ven a cebarme mate.

Trajo la taza y empezó a cebar mate.

El Sr. Aldo la miraba fijamente; tras un rato de observación le dijo: Es necesario que obedezcas a la señora sin contradecirla; la señora

es muy nerviosa y yo no quiero que te peguen. Debes ser muy buena, Micaela.

El Sr. Aldo como despedida, le pellizcó suavemente la cadera y salió.

La china, bajo la dirección de la niña Marieta, que la manejaba a bofetones, amasó, preparó pan y fideos. Fué a la quinta a buscar brofes de repollo para los conejos, barrió los patios y el fondo. Cocinó luego la verdura de los conejos que unida a diez centavos de achicoria, constituía el almuerzo de los amos; limpió la cocina, lavó dos pisos, volvió al redil las cabras fugitivas, limpió el gallinero, tornó a cocinar y a limpiar el comedor y la cocina, a cebar mate para el Sr. a las once de la noche, y a esperar el regreso del niño Ernesto para abrir y cerrar la puerta de calle.

Hasta esos momentos Micaela no había conocido el hambre; pero entonces, sometida a continua dieta, se sentía capaz de devorar una cabra cruda. De buena gana hubiera robado pan, pero la Sra. Anunciada lo tenía bien guardado. Tomaba, si, a escondidas, uno o dos mates, robaba un terrón de azúcar; a veces, en días solemnes una hoja de lechuga, pero tenía hambre formidable, hambre de pan, de carne, de comida.

Una mañana, tardó demasiado entre uno y otro mate, la Sra. Anunciada se acercó a la cocina en puntas de pie, y sorprendió a Micaela en el horrible delito.

¡Aldo, esposo mío — gritó pálida de rabia — mira la china, con su puerca boca de negra, tomando en nuestro mate!

El Sr. Aldo, se quedó estupefacto. La Sra. Anunciada, tomando una correa golpeó a la china, hasta que intervinieron las hijas.

—Basta mamá — dijo Marieta — esta bruta grita como si la mataran, y los vecinos han salido todos a escuchar a las puertas.

—¡Otra vez le taparé la boca! ¡China maldita!

A partir de ese momento, día a día, el Sr. Aldo daba cinco centavos a la china. "Cuando vayas a buscar la verdura, cómprate un pan, y cómetelo en la calle, que no te vea la Sra.

Una tarde, habiendo salido la Sra. y las niñas, quedaron solos en la casa, el Sr. Aldo y Micaela.

El Sr. Aldo llamó a la china.

—¿Te gustan los vestidos lindos, Micaela?

—¡Oh, sí señol! ¡No me van a gustál!

—¿Te gustaría ir vestida como la niña Santina?

—¡No me iba a gustál!

—Es que yo puedo hacer que vayas vestida como la niña Santina, y que trabajes la mitad de lo que trabajas... insinuó el Sr. Aldo.

La china lo miró picaresecamente a través de sus largas pestañas y respondió: ¡Cómo me gustan los alos!

—También te compraré un par.

—Sin más palabras quedó firmado el pacto. Llegada la noche, después de la cena, el Sr. Aldo habló hipócritamente a la Sra. Anunciada: Anunciada, esposa mía, con una sola sirvienta, tú te fatigas demasiado; tú no descansas, estás muy desmejorada. Y mira, no es correcto, ya que deseamos entrar en sociedad, que cuando

vienen las amigas, salga la china a abrir así, toda sucia como está. Me parece que debías tomar otra sirvienta.

La Sra. Anunciada lo pensó largamente.

—Tienes razón Aldo — contestó al fin — ¿crees que el juez de menores nos cederá otra?

—¿Y para qué está Bóscolo, Anunciada?

Tras breve esperar, los señores tuvieron otra sirvienta. La nueva ocupó el cargo de cocinera, lavandera y planchadora, al par que Micaela ascendió a mucama y portera.

Influenciada por las palabras del Sr. Aldo, la Sra. cuidaba de que Micaela anduviera siempre bien vestida y calzada.

De cuando en cuando el Sr. Aldo sugería: ¿No te has fijado que mal vestida tienen a la china, los de Pernicone?

—¿Y tanto orgullo cómo tienen!

—Lo que siento — agregaba suspirando el Sr. Aldo — es que no podamos tener mejor vestida a nuestra china ¡qué golpe daríamos a todos esos pobretes orgullosos!

La Sra. Anunciada callaba, pero compraba un nuevo vestido a la china.

Habían crecido los cabellos de la china, y ostentaba ésta, en medio de su fealdad, un atractivo maligno que enloquecía a muchos hombres.

El niño Ernesto, en tanto, había sorprendido entre su padre y Micaela ciertas señales misteriosas, había desconfiado y espía pacientemente.

Durante un siesta, sintió que su padre abandonaba el sillón donde descansaba, y se dirigía a la quinta. Lo siguió y comprobó el idilio.

Sin hacer ruido volvió al dormitorio de la Sra. Anunciada, la despertó suavemente y recomendándole silencio, la condujo a la quinta.

La Sra. Anunciada vió. Se apoderó de ella, rabia ciega, y sin articular palabra, fué cogiendo de un hoz, caña tras caña, y rompiéndolas furiosamente en las espaldas de los culpables.

El primero en reaccionar fué don Aldo; huyó sin permitir que se saciara en él, la justa ira de su esposa.

Pero la china no atinó a escapar prontamente. Se movía enloquecida en un pequeño círculo, hasta que al fin, divisando abierta a lo lejos, la puerta de calle, escapó como una flecha.

Corrió y corrió bajo el sol ardiente. Cuando pasaba frente a la comisaría, la detuvieron. Don Pompeyo, el comisario la tomó de un brazo — ¿estás loca, ché? ¿de quién escapás?

La china hizo esfuerzos terribles para desprenderse de la mano que la retenía.

—Vos se la jugabas sucio a la señora, ¿no?

Bueno mirá, si no querés que te haga llevar al Buen Pastor, te vas a venir conmigo a mi casa... pero tené mucho cuidado, si me la jugás sucio, te mato a palos.

Y la china se fué con él.

MARIA LUISA PETETEN.

UNA MUJER

Elena y Juan son novios desde hace mucho tiempo, a él le conozco; es un muchacho de agradable aspecto, militante activo del movimiento obrero y puedo agregar, de paso, que sus opiniones entre sus compañeros, no carecen de peso.

De ella, una rubia que le sienta mal serlo por ser muy seria, sé que comparte las ideas de él. Es una chica según expresión común, muy de su casa.

Juan a ido a buscar a Elena a su trabajo y vienen riendo. Me lo dice la cara grave de ella, y también la sorpresa y el disgusto que se pintan en la cara de Juan.

Desde mi balcón, sin ser vista los observo. Es una pareja que me es simpática.

Se acercan... se han parado delante de mi balcón... y cómo riñen! y cómo discuten!

Vacilo entre quedarme o irme, pero me ha entrado curiosidad de saber porque riñen, porque discute esta pareja que me es tan simpática.

Oíde vosotros también:

—“Pero no te pongas así...”

—“Que no me ponga así? Me tiene cansada, extenuada hacer el papel de novia. Creo que no se necesita tanto tiempo para conocerme y hacerte conocer. Te pasas tranquilamente cinco años, sabiendo que te quiero, que lo eres todo para mí, sin que te preocupe en absoluto mi pobre condición de novia. (Elena pronunciaba la palabra “novia” con amarga decepción). Alguna vez en estos cinco años no se te ha ocurrido pensar que yo, mujer de veintitres años, necesite del hombre sobre todo del que quiero? O crees que porque te quiero he de estar esperándote toda la vida, mientras tú, satisfecho sexualmente esperas cómodamente poder constituir tu hogar? Tu verás en mi una estatua, o un pedazo de arcilla, y quiero que sepas que no es así. Tengo un estómago que diariamente pide que le dé alimento, y órganos que también reclaman que satisfaga su hambre.

Como tengo corazón y cerebro, quiero satisfacer esa hambre con el varon que quiero, y ese, eres tú, y tu hace cinco años en visitas casi diarias me haces sufrir horriblemente. Porque yo trastornada por tus besos, también te beso queriendome entregar toda, entonces tu te vas a satisfacer tu instinto despierto, al primer prostíbulo que encuentras... No te avergüenza tu obra? No sabes que puedo llegar, a pesar de toda mi repulsión, a ser viciosa, lacra humana que con tanto calor atacas? O crees tu, revolucionario, que solo el exceso de trabajo cansa, enferma, agota? No! Agrega a todos los males el que hoy te señalo, Agrégale muchos novios como tú, y tendrás acabada una obra completa de destrucción. No protestes, no! Acaso no me aniquilas a mi, acaso no estás destruyendo mi felicidad, mi salud, mi vida!”

No quiso oír más y me retiré de mi balcón sin hacer ruido.

ELISA GROSMAN

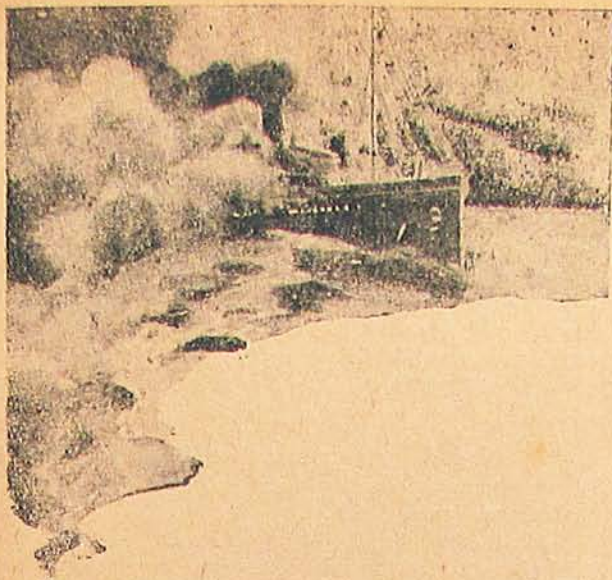
Buenos Aires, Marzo de 1925

AVENTURAS DE CONAN DOYLE EN AFRICA

SU DEBUT EN LA MEDICINA

(Traducción especial para
"LOS PENSADORES")

IV



Para llegar al Viejo-Calabar, tuvimos que hacer sesenta millas por el río del mismo nombre. El canal estaba tan próximo a la ribera que, al pasar, rozábamos los árboles. Armado de mi fusil, espíaba los caimanes; varias veces vimos remolinos promovidos por ellos en la superficie, pero ninguno salió. El Viejo-Calabar parecióme el sitio más desarrollado y más floreciente de los que había visitado; allí también la muerte, ¡ay! alargaba su mano para agarrarnos a todos; debíamos ceder ante la vieja ley fatalista, comer, beber y pasar la vida lo más alegres posible. Allí encontramos a otra de estas jóvenes mujeres que sirven en el país, como a *pioneers* de la civilización ¡qué terrible vocación la de una mujer engancharse para semejantes empresas!

Habíame procurado una canoa y remonté el río varias millas, hasta un lugar llamado Creektown. Tendíanse, de todos lados, negros y peligrosos lodazales; espesísimos bosques de mangles formaban sombríos escondites en los que no podía vivir más que lo horrible. Lugar inmundo, en verdad. Una vez, en la copa de un árbol que habíase inclinado hacia el agua, ví una feísima serpiente de unos tres pies de largo. Le pegué un tiro, y se fué siguiendo el hilo de la corriente. Aprendí, más tarde, a respetar la vida de los animales, pero debo confesar que la de aquel no me ha dejado ningún particular remordimiento. Creektown está situado en un territorio de población indígena de la que su rey nos intimó para que perentoriamente nos presentáramos ante él. Esta fantasía no podía presagiarnos nada de bueno, lo menos que podía resultarnos habría sido hacernos retrasar, apresuradamente saltamos dentro de las canoas tratando alcanzar lo antes posible aguas inglesas.

En Calabar conocí una especie de peces a los que llaman torpedos. Os presentan en una escudilla de barro a esta bestia tan chiquita, de color amarillo y tranquilo aspecto, luego os invitan a que le hagáis cosquillas en la espalda, y desde entonces sabréis hasta qué altura podríais llegar de un salto.

La impresión de país homicida que tenía del Africa no cesaba de robustecerse. Comprendía que la raza blanca, con su régimen y sus actuales cos-

tumbres, es allí una intrusa; que jamás, el europeo, arraigaría ni se aclimataría en aquellas tierras, puesto que en este vasto continente, tan siniestro, se estrellaría cual se estrella un huevo. Leo en mi diario:

*Afrique, où sont-ils donc le charme et le mystère
Que le sage a vus dans tes yeux?
Ah! plutôt mendier dans la vieille Angleterre
Qu'être riche en de pareils lieux!*

Sin embargo, la vida a bordo érame fácil y hasta, en ciertos casos, lujosa: demasiado para un hombre que se inicia para hacer su carrera en el mundo. Pues una prematura comodidad es cosa mala y desagradable. Un día, que envuelto por la violencia del viento me encontraba de pie encima la toldilla, soñaba con mi porvenir; comprendía muy claramente que uno o dos viajes más del mismo género serían funestos para mis hábitos tan simples y que volvería desarmado para el duro combate que exige toda clase de suceso.

La idea de una popularidad literaria no había pasado nunca por mi mente. No pensaba más que en la medicina. Pero sabía ya cuán larga y penosa carrera es ésta para aquellos que como yo, no cuentan con ningún apoyo, ni con los medios de hacerse con una buena clientela.

Inmediatamente, me juré de no vagabundear más; y fué entonces, sin duda alguna, cuando di un cambio a mi vida. Un año de existencia nó-mada, es pasable, pero dos, pueden ser desastrosos, no se encuentra ya más la fuerza de voluntad suficiente para pararse. Mi diario me recuerda que, el mismo día en que me entregaba a esas reflexiones provechosas, juré también no probar alcohol en el resto del viaje.

Fuera por jactancia, fuera por pura locura, cometí una insensatez cuando llegaba en el Cabo *Coast Castle*: me ofrecí para una partida de natación, ida y vuelta por el costado, o más bien, a lo largo del barco. Lo que me decidí, fué, supongo, el hecho de que los negros se bañan siempre en esas aguas. Pero, mientras estaba secándome encima el puente, ví la cola triangular de un tiburán aparecer en la superficie. Son varias

las veces en mi vida que he obrado tan inconscientemente, que luego ni yo mismo podía esplírmelo. Eso no es más que una de tantas.

El hombre más inteligente que encontré sobre aquellas Costas, el más ilustrado, era un negro, cónsul de América en Monrovia. Venía a bordo como pasajero. Mi gusto por las letras hacíanme desear conversaciones en este sentido; y mientras sentados sobre cubierta discutíamos a historiadores como Bancroft y Motley, maravillábase a mí mismo al recordar que tenía por interlocutor a un hijo de esclavo, o tal vez, él mismo podía haberlo sido.

Se comprendía que aquel hombre había reflexionado mucho sobre la exploración del Africa: "La única forma de explorarla, decíame él, es de ir sin armas, con un pequeño número de servidores. Creo que no sería de vuestro agrado, en Inglaterra, el ver circular por allí un tropel de gentes armadas hasta los dientes. Los africanos no son menos susceptibles." Este era el método de Livingstone contrario al de Stanley. De los dos el primero era de más coraje y de más mérito.

Ningún suceso se produjo hasta el final de nuestro viaje de retorno. Visitábamos nuevamente los mismos puertos pero a la inversa, para cargar aceite. Pero después de haber tocado Madera, estalló un incendio a bordo. Si fué ocasionado por la inflamación del cisco de carbón o debido a otra causa, es algo que nunca ha podido averiguarse; el hecho es que prendióse en un pañol. Un simple tabique de madera separábalo del cargamento de aceite, lo que era para nosotros un grave peligro. Pese a ello, no nos preocupó mayormente al primer día, creíamoslo un principio de incendio sin importancia; al segundo y al tercer día, nos contentamos con fijar el enrejado de la hogaza lo mejor posible, de combatir el fuego con la manga del agua y de apartar el carbón del aceite; pero al puerto la cosa tomaba mal cariz, empeoraba. Leo en mi diario:

"9 de enero. — He sido despertado esta mañana por el agente contador Tom King. Pasando su cabeza por la entreabierta puerta de mi camarote, me informó que el barco ardía y que toda la gente, reunida en el fondo de las calas, se ocupaba en combatirlo. Me vestí rápidamente y subí al puente.

No se veían nada más que espesas columnas de humo que vomitaban los ventiladores de los fondos iluminadas por lo bajo de resplandores pálidos. Me ofrecí para descender, pero había muchos trabajadores más de los que podían utilizarse. Me rogaron sería mejor que avisase a los pasajeros. Les desperté a unos después de los otros: todos encararon la situación con bravura y sangre fría. Uno de ellos, suizo, sentóse en su ramilla, frotóse los ojos, y, al anunciarles que el barco se quemaba: "Me he hallado en tantos barcos incendiados", me contestó. Fanfarronería evidente, pero bello gesto de valor. Hemos combatido el incendio durante todo el día. Había un pedazo grande de chapa en un costado del casco que estaba ya al rojo vivo.

Preparáronse los lanchones, pusiéronles vitua-

llas; suceda lo que suceda, podíamos, a la vela o remando, llegar a Lisboa, donde mi hermanas, que desempeñaban en esta capital el cargo de institutrices, no quedarían poco sorprendidas al ver llegar a su hermano mayor. Sin embargo, pudimos dominar las llamas; a la caída de la tarde, las siniestras columnas de humo quedaron reducidas a finas gavillas. Así ha terminado el incidente."

El 14 de enero volvíamos hallarnos en Liverpool; desde entonces, el Africa Occidental no fué más que un rollo de película dentro de mi cerebro cinematográfico...

Voy llegando a los tiempos aquéllos en los que, entre circunstancias bastante curiosas, traté de establecerme como médico.

En el curso de mi último año de estudios en Edimburgo, había trabado amistad con otro estudiante que se llamaba Jorge Budd, mozo interesante y que pertenecía a una familia médica muy reputada: su padre había, primero que nadie, hecho la distinción entre el tífus y la tifóidea. Igualmente tenía que enorgullecerse como atleta, y era un buen delantero de *rugby*, aunque algo alzado por la impetuosidad frenética de su juego. Habíase elevado hasta la categoría de internacional, y a su hermano Arturo, más joven, buenos jueces considerábanlo como el mejor delantero que hubiera vestido la camiseta del Inglaterra, con una rosa bordada.

Budd era tan vigoroso del cuerpo como del espíritu. Medía de estatura alrededor de cinco pies. Nueve pulgadas, de musculatura perfecta, con mandíbulas salientes, ojos inyectados en sangre y muy hundidos dentro sus órbitas, con párpados semicerrados; sobre su cráneo erizábanse amarillentos cabellos, tiesos cual si fueran alambres. Nacido para el bullicio y las aventuras, libre de prejuicios para lo que planeaba, formidable en sus medios de ejecución, hombre de acción antes que todo, poseía, para guiarse en el acto, buena inteligencia, pero desconcertante. Murió en los primeros años de madurez. La autopsia reveló en él, según parece, un cerebro anormal; no es pues dudoso que un carácter tan extrañamente explosivo tuviera algo de patológico. No sé por qué razón Budd me tomó tanto apego. Daba a mis consejos una importancia excesiva.

El día que lo volví a encontrar por primera vez, acababa de librarse de una de estas locuras que terminan generalmente en puñetazos o con una compareción ante un tribunal de policía. Pero los resultados tenían que ser esa vez más serios y más duraderos.

Se había llevado a una joven aún menor y en tutela.

Lo hecho estaba hecho y todos los jueces del mundo juntos no hubieran podido deshacerlo, únicamente podían castigar al culpable. Budd me contó como, juntamente con la joven personita, buscaron, en una guía de ferrocarriles, algún pueblo de los que nunca hubiesen oído hablar, para ir a pasar su luna de miel, y que al descubrir un nombre barroco, Coldpole-sur-Marais u otro del mismo género, habían ido ellos a instalarse en la

posada de la aldea. Budd tiñó de negro sus cabellos amarillos; pero la pintura no prendió más que en algunas partes, tan bien quedó que podía decirse de él que era un escapado de la casa Bar-nun.

No puedo concebir nada bueno de lo que la gente, de Cladpole-sur-Marais, debieron pensar con esa extraordinaria pareja; seguramente no se les había ofrecido nunca una mejor ocasión para ejercitar su lengua, y Budd no hubiera podido escoger, para desatar la publicidad, un mejor medio del que se sirvió para escapar a la persecución de la justicia; en Londres, hubiera pasado totalmente desapercibido. Durante varios años, su cabellera mostraba irradiaciones singulares, vestigios aún de su disfraz. A los dos meses de mi vuelta del Africa, recibí un telegrama de Budd, escrito aproximadamente de esa manera: "Debuté aquí junio último. Suceso colosal. Llega primer tren si posible. Amplio empleo para tí. Perspectivas magníficas." El telegrama venía de Plymouth. Un segundo telegrama, aún más desbordante (Budd no escribía nunca, siempre telegrafiaba), me reprendía de mi retraso y me garantizaba desde el primer año tres mil libras. Creí ver allá un negocio. Partí.

Lo que se pasó en las seis siguientes semanas, entre los últimos días de primavera y los primeros de verano del 1882, serviría mejor para una novela fantástica que para una crónica fidedigna. La situación al medio de la cual caí en Plymouth era verdaderamente increíble. En algunas semanas, Budd, que tenía por partes iguales el ingenio y la charlatanería, se había creado una clientela que representaba un beneficio anual de algunos miles de libras. "Consultas gratis, únicamente se pagan los remedios", era su divisa: como elevaba mucho el precio de los remedios, llegaba igualmente a sus fines.

Las simples palabras "Consultas gratis" le atraían a las gentes. Usaba de las drogas de manera heroica, sin escrúpulos, lo que producía resultados impresionantes, no sin arrastrar riesgos injustificables; por ejemplo, se habló mucho de un caso de hidropesía que él trató con el aceite de troton a grandes dosis. La gente acudía a su casa desde veinte o treinta millas de los alrededores; no solamente las salas de espera, sino hasta las escaleras y los corredores llenábanse de visitantes. El enrojecía, hablaba a gritos, reñía o bromeaba con los clientes, los empujaba, los seguía a veces hasta la calle y, en varias ocasiones les arengaba a todos juntos desde el rellano del piso. Una mañana en su casa, a la hora en que la ráfaga batía en pleno, había tanta gracia como no importa qué pantomima, y uno no podía aguantarse de reír. Poseía un libro grandote en mal estado, que él pretendía hacerlo pasar por la Biblia, cuando en realidad no era más que un simple tratado de jurisprudencia médica, le servía para hacer jurar con la mano derecha extendida encima a las viejas damas de que no tomarían más que té. Sin dudar por otra parte que ejerció una acción bastante, benéfica, pues dentro de lo que él hacía escondíase mucho razonamiento y saber; pero la manera como lo hacía era también, podía decirse, la menos ortodoxa.

Budd hábame preparado un gabinete con una mesa y dos sillas: me dejaba el tratamiento de los casos quirúrgicos u otros de los cuales él no quería ocuparse. Sin duda que mis maneras profesionales debían ejercer un mediocre efecto en las gentes comparándolas con sus flamantes métodos, Sin embargo tuve una pequeña y regular clientela, con la que me parecía poder vivir.

Sali un día al campo, donde operé a un pobre viejo de un cáncer a la nariz promovido por el continuo vecindaje de la pipa: lo dejé en posesión de un órgano aristocrático, por no decir altivo, que fué la admiración del pueblo y hubiera podido volverse la base fundamental de mi renombre.

Pero otras influencias estaban obrando, el destino urdía sus telas donde menos yo me lo esperaba.

Mi madre tenía gran desconfianza de mi asociación con Budd; su orgullo de mujer se había resentido. Pero yo tenía simpatía hacia Budd.

Le defendí. Hice resistencia a lo que me escribía mi madre. Al verse ella contrariada, escribióme varias cartas reprochando mi conducta en las que, por cierto, se expresaba sobre la conducta de mi amigo con una entera franqueza. Como yo dejaba en cualquier sitio mis papeles, estas cartas fueron leídas por Budd y por su mujer. No trato de calumniarlos diciendo ésto, puesto que ellos concluyeron por reconocerlo. Aparentemente, Budd se imaginó, siendo como era un hombre bizarramente sospechado y que se dejaba llevar por maquinaciones secretas, que yo participaba de los sentimientos de mi madre hacia él cuando, todo al revés, los provoqué al tratar de defenderlo. Desde entonces cambió completamente de actitud hacia mí.

Me abordó un día para decirme que, considerando todo, mi presencia entorpecía sus negocios, y por lo tanto sería mejor que nos separásemos. Consentí en ello de buen agrado; puesto que no había venido a su casa, según le dije, para perjudicarlo en lo más mínimo, y le manifesté mi reconocimiento por lo que había hecho por mí, debíamos habernos separado así. Entonces me aconsejó que practicara por mi cuenta.

Resolví establecerme en Portsmouth donde alquilé un departamento amueblado a tanto por semana.

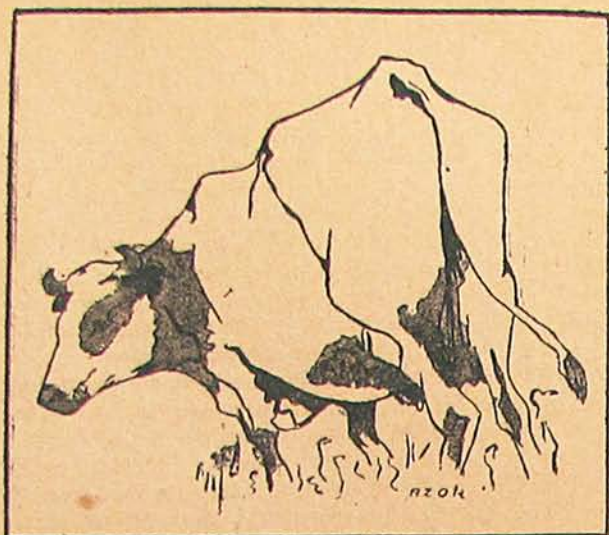
La extraña facultad que he siempre tenido para mezclarme en ciertos hechos, hizo que, por la misma noche, me trezara a puñetazo limpio, en la calle, con un libertino que maltrataba, o para ser más exacto, dábale de patadas a una mujer. Fué una forma de exhibirme poco común. Cuando, a los pocos días de eso, debuté como médico, al primer individuo a quien le abrí mi puerta no fué otro que al truhán este. No creo que él me hubiese reconocido, sin embargo no juraría lo contrario. Salióme la cosa bien y sin quebranto, satisfecho de haber salvado un escándalo.

Pasé aquella semana visitando casas desocupadas, y acabé por alquilar, en cuarenta libras por año, la casa de campo Bush, que lleva hoy en día, por la amabilidad de su propietario, el nombre de

“Doyle-House”. Pero en aquellos tiempos, no poseía ni siquiera diez libras en moneda corriente... Amueblé una antecámara con tres sillas, una mesa y un tafez de centro; en el piso alto, arreglé una especie de cama con un colchón. Clavé en la puerta la placa que había comprado en Plymouth. Hice, a crédito, la compra de algo que necesitaba: una linterna roja. No tenía más que esperar al cliente.

Bien se comprende, cuestión de servidumbre no había ni qué hablar; también, todas las mañanas, dábale lustre yo mismo a la placa, barría la acera delante de mi puerta, y dábale a la casa un aire honesto de limpieza. Era yo capaz de vivir sin atormentarme por ello, con menos de un *shilling* por día, lo que me permitía de aguantar mucho tiempo.

Yo me arreglaba... No supe más de Budd hasta pasados cinco años, al leer el anuncio de su prematura muerte. Era, lo repito, un hombre observador, al que le faltaba muy poca cosa para llegar a ser un gran hombre. Me temo que por haber vivido muy ampliamente, habrá dejado a su mujer en una difícil situación.



LA VACA CIEGA

Topando la cabeza con las rocas
Y caminando al agua por instinto,
Viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera, una pedrada
Del radabán le saltó un ojo, el otro
Se lo esconde una nube; y así es ciega,
A abrevarse vendrá como solía
Pero sin aquel aire decidido
De entonces, sin amigas, viene sola.
Sus hermanas por cuencas y vertientes,
Por los prados y orillas de los ríos
Hacen sonar la esquila mientras pacen
De la yerba al azar... Ella caería...
Da con el belfo en el pilón gastado
Y recula espantada... pero vuelve
Y baja la cabeza y bebe a sorbos.

Bebe con poca sed. Luego levanta
Al cielo enorme la testuz armada,
En un gran gesto trágico; moviendo
Las dos pupilas muertas parpadea
Y se aleja por fin calmosa, huérfana
De luz en medio de aquel sol que abrasa,
Vacilando al andar y sacudiendo
Con languidez la macilenta cola.

JUAN MARAGALL.



La extraña facultad que he siempre tenido para mezclar-me en ciertos hechos, hizo que, por la misma noche, me trezada a puñetazo limpio, en la calle, con un libertino que maltrataba a una mujer.

A. CONAN DOYLE.

(Seguirá).

TODOS LOS ESCRITORES

argentinos que quieran que se ocupe de sus libros la "REVUE de l' AMERIQUE LATINE" o "LA REVUE INTERNATIONALE ANARCHISTE", envíen un ejemplar a:

LUIS DI FILIPPO,
14 — Rue Petit — 14
(XIXeme.)
Paris.

EL TRABAJO DE LOS NIÑOS EN AMERICA

La potencia industrial americana es de primer orden. Nada hay en otros países, ni en civilizaciones pasadas, que pueda compararsele. Es maravilloso el progreso técnico, son admirables sus rascacielos, "elevados", ciudades y maquinismo pero si miramos más profundamente, el anverso de ese progreso, se nos presenta desesperante y terrible. Los crímenes cometidos por el gran capitalismo no tienen ni siquiera semejantes. Las catástrofes, son grandiosas, la desocupación ocupa el primer puesto entre los pueblos de occidente. La corrupción en la administración pública deja atrás a la legendaria corrupción que destruyó el imperio universal de Roma.

En América la explotación del hombre se hace en gran escala, en una proporción nunca vista. Se explota al hombre a la mujer y al niño.

Las estadísticas recientes publicadas por el departamento de Trabajo son desconcertantes. En ese país que ha acaparado todo el oro del mundo, produce superhombres con miles de millones de pesos, que da lugar a empresas, conquistadoras materiales, de Europa; en ese país, trabajan más de tres millones de niños, desde los seis hasta los 15 años.

No se trata del trabajo de los niños como infracción a la ley o al espíritu de la democracia sino del trabajo del niño apoyado y anparado por la justicia y la fuerza del Estado.

En 1916, cuando los millonarios de Wall Street proveían de armas y municiones a los pueblos de Europa, para que continuaran asesinando la Suprema Corte de Justicia, que es la última instancia de la democracia, poniéndose al servicio incondicional del capitalismo declaró solemnemente, que para hacer cumplir la libertad, que "está escrita" en la Constitución, los niños tenían "el derecho" y la libertad de trabajar.

Jamás se vió pantomima semejante. En esa misma época (actualmente igual) había más de cuatrocientos mil presos en las cárceles de la Unión, estaba coartada la libertad de palabra y prohibido el derecho de reunión.

Desde entonces comenzó el desarrollo de una nueva explotación del niño.

La legalidad abría una nueva ruta al capitalismo, bárbaro y criminal; la niñez caía directamente bajo su hegemonía, de tal manera que venía a quedar encerrada entre la explotación y la muerte.

En nuestra civilización burguesa, el hombre fué la materia prima que alimentaba máquinas y producía riquezas. Cuando las condiciones de lucha y de competencia plantearon nuevos problemas a los propietarios y entonces se recurrió a la mujer.

La mujer y el obrero son los dos primeros esclavos de la civilización moderna. La mujer fué fácilmente dominada, su jornal menor dejaba un margen más grande de ganancias, sin ser tan rebelde.

En América llegó y pasó la hora de la apari-

ción del proletariado femenino. La mujer invadió las mismas esferas de acción que antes estaban solo reservadas al hombre.

El proceso del proletariado femenino no se presentó en ese país (como en Europa) por gradaciones, sino bruscamente; superado ese obstáculo por el nuevo capitalismo en su lucha con los otros imperialismos siente necesidad de materias nuevas de explotación y recurre al niño.

El niño está pues incorporado a los esclavos y ha de integrarse en la revolución para libertarse.

Si consideramos al trabajo como es: embrutecedor, esquilante y degenerativo, ¿qué porvenir, que horizontes tiene esa niñez?

Pobres de esas almitas que desde la aurora empiezan a sentir la puñalada de vivir!!

¿Cómo serán las generaciones que se preparan en las obscuridades de las minas, que se forman en el ambiente de las fábricas de algodón, presidios todos de los parias modernos?

¿Acaso podrá gritarse con Ullen Key que vivimos en el siglo de los niños o decir con Tagore que su libertad es lo más sagrado?

¿De qué sirven los rascacielos, la riqueza económica del país, los millones incontables de oro, (que son sangre) abarrotados en Chicago o New York? ¿De qué sirve toda esa grandeza material si va a cubrirse con ella tantos crímenes? ¿Qué puede representar un país cuyo capitalismo avoro esclaviza la fuerza generatriz de la humanidad futura, que priva de la alegría y de la luz a tres millones de niños?

¿Qué puede esperarse de una civilización que no solo tolera si que también legaliza y ampara tal delito?

En este momento de la Historia, grandeza quiere decir también grandes crímenes, ausencia completa de justicia. Y una chispa de justicia tiene más valor que todo el oro del mundo.

Una sociedad que permite que los niños desde los seis años, y menos sufran la condena del trabajo merece ser destruida y los que en esa dirección trabajan tienen derecho a ser llamados héroes.

Si para levantar las hermosas viviendas de la Quinta Avenida o los rascacielos de Broadway, o las estupendas máquinas o cuanto da relieve y esplendor a América, se necesitan, no ya el trabajo de tres millones de niños, sino la alegría y la libertad de uno solo. Que se hunda para siempre toda la riqueza. La humanidad no necesita beneficios que le cuestan tan caros, como su degeneración moral y física.

Pero todo cuanto se diga será inútil la explotación del niño está iniciada en todo el universo, con palabras no ha de pararse. Todo remedio reformista no hará más que aumentarla. Solo un cambio integral del régimen de vida societaria, solo por medio de un cambio fundamental de las instituciones puede conseguirse.

CHISMES DE LA ADUANA

En la Aduana, un peso moneda nacional vale más que la orden de cualquier jefe.

Si el tramitante tiene alguna urgencia en que se le despache, es inútil que se moleste en pedir a los jefes, que se preocupan muy poco. Con un par de pesos se consigue hasta lo que no pueden ordenar los superiores.

Un jefe relativamente trabajador es el señor Artayeta. Se puede hablar con él; es una correcta persona y un empleado inteligente.

No puede decirse lo mismo del señor Uranga, en Liquidaciones. Aquí no hay jefe, ni hay nadie. No se puede hacer un reclamo, no se puede hacer un pedido, nada. Si se tiene en cuenta que la oficina está casi siempre atrasada en el trabajo y se agrega la mala educación de los empleados que a veces tratan con el público, el resultado de todo esto es el desbarajuste administrativo.

Un documento que entra a las 12 horas a Liquidaciones, no sale liquidado en el día. En épocas anteriores, con otra administración, se podían hacer liquidar despachos que entraban a las 3 de la tarde.

Como consecuencia de estos detalles el comerciante tiene que esperar hasta cinco o seis días para recibir su mercadería.

El exportador es un mártir. Tiene que lidiar con el vista Sánchez Boado que es un hombre muy pagado de su elegancia y que no entiende absolutamente nada de su trabajo. Para disimular su ceguera opta por un fácil recurso. Para él, todo está mal. Se ingenia para poner obstáculos al despacho de las exportaciones y molesta al que la presenta. Tratándose de un empleado sin otros méritos, sería conveniente que lo trasladaran.

Lo que decimos en esta página no son ocurrencias nuestras, más o menos antojadizas. Hemos recogido las "voces corrientes", es decir: lo que nadie ignora y todos callan.

Después de aguantar al vista Sánchez Boado, el exportador se encuentra frente al guarda, que es casi siempre un hombre a quien le gusta poco el trabajo y, como la mayoría de los empleados públicos y de los aduaneros particularmente, gente insolente y malcriada.

El sistema de control aduanero está basado en una manifiesta inmoralidad. El fisco regala al vista o al guarda las diferencias que encuentren en las declaraciones. Se comprende que tengan algunos el aspecto de animales de presa.

El "gentleman" de los vistas es don Daniel Gowland, en el ramo de ferretería; don César Aguirre Paz, en tejidos; C. Saavedra Zabaleta, en drogas.

Cree la actual administración de la Aduana que el Fisco debe estar contra el comerciante. En lugar de servirle allanando dificultades, la Aduana las crea y, a veces, hasta las inventa.

Y, para un viajero inteligente, no hay cosa que le demuestre mejor el progreso alcanzado por un país que el funcionamiento regular de las Aduanas. La nuestra, por lo que dicen los interesados es la más atrasada del mundo.

Y como no lo van a decir, si reciben sus muebles y objetos de su uso, después de siete u ocho días de entregar los documentos al despachante. Y eso si no se le ocurre al vista que la cama o la mesa de noche tienen un valor incalculable por su antigüedad, porque vienen agujereados por la polilla.

Hay vistas y guardas que no diferencian un ternero de una cómoda. Para éstos todo es contrabando. El resultado es la pérdida lastimosa del tiempo.

Si el comerciante se equivoca a favor de la Aduana, paga de más. Si se equivoca en contra, la Aduana le decomisa la mercadería.

En los depósitos las cosas no andan mejor. Los guardas...; bueno, ya hemos dicho quienes son los guardas. Entre los jefes, los hay buenos y malos. De los buenos podemos citar a Aispiri, Antonio Seoane, a Groppo, a Fauminian, a Allende y a Benítez. De los malos... ¿para qué citarlos? Son casi todos...

El empleado del despachante es casi siempre un muchacho con los pies torcidos de tanto caminar. Tiene poca dignidad porque tiene poco sueldo. Se hace gritar del jefe del depósito, del guarda, del vista, del encargado... todos le gritan, y anda siempre acobardado. Ahora, a la vuelta de los años se hace un poco cínico y tiene más mañas que virtudes.

El empleado de Aduana que está en el puerto trabaja más que el que está en la oficina. Sin embargo, por curiosa aberración, el de la oficina, que entra a las nueve de la mañana tiene sábado inglés y el del puerto que entra a las 6.30, trabaja hasta las cinco de la tarde.

De la versación del administrador en asuntos aduaneros puede dar fé la siguiente anécdota: "los ascensores se despachan libres como máquinas. El administrador dijo que había que establecer el valor porque se trataba de un "artículo de lujo".

Conque ya lo saben los que viven en un 7.º piso: hay que subir las escaleras porque el ascensor es un artículo de lujo.

RENO MANINI.

POETAS RUSOS

De la colección "PODROGINIK"
("Caminante"). — (1921)

I

Ya ninguno querrá escuchar los cantos,
en los días predichos ahora estamos.
Mundo que ya no tienes maravillas
el corazón no me atormentes con tu estrépito.
Ayer como una libre golondrina
realizaba mi vuelo matinal;
hoy que soy un famélico mendigo
a las puertas en vano he de llamar.

II

Horrendamente transformóse el cuerpo
y la cansada boca se amustió;
no quería una muerte semejante,
ese fin no me estaba señalado.
Y creí que en lo alto, allá en lo alto
habríanse topado
dos nubes; que la fuerte voz del trueno
y que la llama del alado rayo
hubieran descendido sobre mí.

Ana ACHMATOVA.

NOCHE DE DOMINGO

Ahora que los órganos de Berberia sollozan
al crepúsculo y, las últimas danzas y canciones
se estremecen todavía una vez como con un
miedo loco de quedar solas en la sombra inmi-
nente,

Ahora que los pobres amantes, sin lágrimas,
sepultan en el corazón su pequeña felicidad do-
minical y regresan por el camino de siempre a
la cita de la última tristeza,

Ahora que el dolor con el antifaz de la son-
risa afecta todavía un aire desenvuelto, antes
que se oje la seda del hábito de gala,

Ahora que en los conventos y en los colegios
apáganse las lámparas y enjúganse las lágrimas
pensando que en el Paraíso todos los días será
Domingo,

Ahora que en los prostíbulos las mujeres se
dejan besar, cantando el breve elogio fúnebre
de su virginidad,

El poeta, ebrio de muerte, está pactando con
la Desesperación que le ofrece el mañana con
todas sus pequeñas iras sordas y sus estúpidas
resignaciones, mientras se le ríe en la cara, por-
que todavía no ha aprendido a morir de
hambre.

Sergio CORAZZINI.

LA EMPERATRIZ POETISA

(de "The Japan Magazine")

Europa ha tenido reinas que fueron poetas.
Desde Margarita de Navarra a Carmin Silva se
puede hacer una lista. En el Japón el sentido
de la expresión lírica, breve es verdad, pero
sutilmente simbólica, es una de las característi-

cas de la raza. Resumir un pensamiento delicado
en una imagen, dar sentido a la armonía de
las palabras y la graciosa materialidad de una
alegoría, ejercer la poesía en una palabra, for-
ma parte de la educación de las personas de
buena familia.

Hacer versos, puntear delicadamente la guita-
rra de tres cuerdas y dibujar con trazos ligeros
animales y flores es lo esencial en la instruc-
ción femenina. También desde las edades más
remotas, las poetisas del Japón son numerosas.
Podemos remontarnos mil años atrás y citar
a Sei-Shonagou y Ono-no-Kanachi, la princesa
Shokushi y las nobles damas Nu y Murasaki-
Shiki-On, bien que habiendo vivido en el siglo
XI, son conocidos de todos aquellos que se ha-
yan tomado el menor interés por la poesía
japonesa.

Entre esas ilustres antecesoras, la emperatriz
viuda del Japón, viene a ocupar un puesto pre-
eminente. La poesía de Su Majestad, viuda de
Mutsu-Ito en su concisión típica, refleja un al-
ma llena de virtudes, consejera e inspiradora
de los más nobles sentimientos. Se ha exagera-
do, quizá, la impasibilidad heroica de los japo-
neses ante sus muertos; estos cuadro versos de
la emperatriz escritos durante la guerra de
Manchuria, parecen llorar dolorosamente al ter-
rible precio de la gloria:

Cuando nuevas noticias de victorias
nos llegan de los campos de batalla
pienso a cuántas heroicas existencias
debo llorar en medio de esos triunfos.

Y no es sólo por los muertos gloriosos que se
entenece el corazón de la emperatriz poetisa.
Ella se condeula a la par de los sufrimientos
de los vivos:

En nuestro cuarto dulcemente calentado por
(la estufa
adivinamos el frío punzante de la noche in-
vernal.

¡Ah que será de los que erran fatigados
a través de los campos de nieve, aislados por
(la guerra!

Es imposible dar, por la traducción, el en-
canto conciso, la idea rápidamente puesta de
relieve de una poesía japonesa; parece que fue-
ran una serie de exhortaciones y de pensamien-
tos que el autor ilustra con un croquis ligero a
fin de fijar su sentido en el alma del lector.

He aquí algunos poemas extraídos del Libro
de las doce virtudes, una serie de sentencias que
revelan un espíritu elevado y clarividente.

SOBRE LA PUREZA

Un blanco vestido manchado
se puede limpiar con facilidad,
pero un alma sucia
¿cómo tornarla pura!

SOBRE LA LEALTAD

Yo no reclamo flores sobre la frente
aunque fueran bellas sin comparación;

pido un adorno más raro todavía:
leales y luminosas "flores del corazón".

Y por último estos cuatro versos, que tienen una inspiración extraña y noblemente igualitaria:

SOBRE LA JUSTICIA

El medio de salvar a la nación
es salvando primero a nuestro prójimo;
todos tendrían así la dicha asegurada.
Tal debe ser el fin de nuestros esfuerzos.

(Traducción de Israel Zeitlin).

Ana Achmatova: Su primer libro "La Tarde", publicado en 1912 fué una revelación deslumbradora. Dos años más tarde aparecía "El rosario" y la personalidad de la original poetisa era consagrada definitivamente. Ella se desenvuelve con soltura dentro de la elástica libertad del verso que ha creado y pospone la armonía del ritmo a la música de la palabra que imprime un matiz característico a su producción. Toda la joven poesía rusa adopta su estilo y una pléyada de poetisas enroscadas en el decadentismo novecentista se plegan a la Achmatova bregando para que paulatinamente la poesía rusa, tan injustamente desconocida, alcance la notoriedad a que ha llegado la novela por obra de los admirables maestros del género. Su último libro "El caminante" marca una orientación social a su poesía y pone de relieve un gran corazón de mujer torturado por las angustiosas horas de la revolución.

Sergio Corazzini: Su corta vida fué de una autoridad intelectual verdaderamente asombrosa. Ligado a Palazzeschi, Martini, Moretti y otros innovadores de la ferrogosa poesía italiana, por un anhelo común de ideal y de arte, colaboró con ellos en varias publicaciones de relieve. A pesar de su empleo en una compañía de seguros que le robó lo mejor de su existencia, pudo escribir y publicar a los 16 años su "Piccolo libro inútil"; y a los 19, el fragmento de una originalísima *Elegía* y el "Libro per la sera della Domenica". Siete años después de su muerte recopilaron la mayor parte de sus producciones en un volumen titulado *Liriche*, del cual se han hecho ya más de dos ediciones. Dejó inéditos "La dolcezza", "L'amaro celtico" y "Le aureole". Murió tísico en un hospital de Roma, apenas transpuestos los 20 años en 1907. — *Notas del traductor.*

CUENTOS DE LA OFICINA

Por ROBERTO MARIANI

Cuarto volumen de LOS NUEVOS

En Abril se publicará este libro, en edición popular. Está compuesto por una serie de narraciones vigorosas. El estilo es crudo y violento. Mariani observa la vida y el ambiente de los empleados: el proletariado de la clase media que usa cuellito y botines de charol y corbatita y pañuelito en la boca manga y gomina y que tiene no obstante el estómago vacío o lleno de bicarbonato. Ese proletariado que no quiere ser proletariado y lleva una vida más precaria que los trabajadores de verdad. Nosotros decimos esto medio en broma, pero el libro es serio. Es un libro que hace pensar. Es un libro vivido que posee toda la atracción de las cosas vivas.

Del Teatro y sus Interpretes

La vanidad es la comedia del teatro.

De cada cien cómicos mediocres, noventa y nueve no pasan de tales, porque se consideran "notables".

El teatro es un pequeño mundo gobernado por mujeres.

El éxito de muchos malos actores, sólo lo explica la belleza de sus cónyuges.

Es ridículo constatar el triunfo de la belleza femenina, sobre el estudio y las aptitudes. En el teatro es indiscutible que muchos éxitos, sólo son éxitos de bajo vientre.

Ser "capo-cómico" es el sueño dorado de todo comediante.

La causa que motiva la pésima constitución de muchos conjuntos escénicos, es debida a que para que el tuerto sea rey, es necesario que los gobernados sean ciegos.

Vanidad, petulancia, pretensión, tres personas distintas y un sólo dios verdadero, el cómico.

¿Por qué serán tan duros los garbanzos?... Nos preguntamos ante el inexplicable triunfo de ciertas bellezas.

En el teatro hay también enciclopédicos, estos se descubren muy fácilmente, por su afán protagonizador.

El que gasta un par de zapatos en la escena a la escena vuelve, dice el proverbio, el que ha hecho un protagonista, forzosamente ha de hacerlos todos.

En el teatro lo justo y lo equitativo, es lo que piensa el protagonizador.

La ignorancia, es un salvoconducto para triunfar en el teatro nacional.

El teatro es el puerto seguro donde echan sus amarras todos los fracasados, los vencidos, los incapaces, por eso el teatro nacional y sus intérpretes seguirán siendo malos.

El mayor enemigo de un cómico, es otro cómico.

Un viejo sin barba, un traidor sin bigote, un italiano sin camisa a cuadros, un obrero sin traje azul-mecánico, son algunos imposibles para muchos cómicos.

EDUARDO MORFINO.

Buenos Aires, marzo de 1925.

LOS LIBROS ESCOLARES

Pininos — libro primero — por Pablo A. Pizzurno
ex-Director de la Escuela Normal de Profesores de Buenos Aires, ex-Inspector General de Enseñanza Secundaria y Normal de la República, ex-Inspector Técnico General del Consejo Nacional de Educación, etc.

En la tapa de este librito de primer grado hay una figura muy bonita. Una niña suelta de sus manos a un nene que principia a dar los primeros pasitos, torpes y vacilantes, hacia su mamá que lo espera con los brazos abiertos. Debajo de esta lámina hay una leyenda: *El nene hace "pininos"*.

Pizzurno explica con este cuadro el título de su librito. Veamos si consigue su objeto. Nosotros hemos interrogado a un chico: — ¿En que libro estudias? — Leo *Pininos* — ¿*Pininos*? ¿qué quiere decir pininos? — Yo no lo sé — (Aquí pensamos nosotros, el el maestro ha de explicar brevemente lo que quiere decir pininos; como no hay ningún maestro en las cercanías, se lo explicamos nosotros.) — *Pininos, niño amado*, quiere decir pasitos. Hacer pininos, dar los primeros pasitos, cuando uno es tan chiquito que ni sabe caminar. — ¡Ah, sí — nos contesta el chico, que es inteligente — Yo creía que pininos quería decir pollitos, porque en el libro también dice, mininos, y la maestra dijo que eran gatitos. — No, chico, hacer pininos quiere decir, dar los primeros pasitos. Mirá la figura, ¿ves?, el nene se suelta de las manos de su hermanita y camina solo por primera vez. Hace pininos. — ¡Ah! ya se, pininos quiere decir caminar para ir con la madre. — No, niño, no...

Estuvimos tres cuartos de hora explicando. En una de esas nos preguntó donde estaban los pininos en la figura. Al fin se cansó y dijo que entendía, aunque bien a las claras se veía que no le había entrado aquello en la mollera. (Como no somos maestros, nos atribuimos el fracaso de esta lección). Y, claro está, nos quedó el deseo de conocer *Pininos*. Pizzurno es el más autorizado de nuestros educacionistas; ha trabajado, ha luchado, se le debe respeto por su acción docente, pero nos vemos en la obligación de declarar ante sus innumerables admiradores que la ciencia de educar a un niño no la conoce Don Pablo al extremo de componer textos didácticos. Es, este libro de primer grado todo lo más un ensayo didascálico, con poca ventaja sobre otro método cualquiera y con tantos errores como los demás. El autor conoce su oficio, pero parece ignorar lo que es un niño. Echa mano de cualquier medio para llevar a cabo su plan. Si en una lección le falta una sílaba, para componerla recurre al nombre propio. A un niño le llama, Jole, a un perro Gro, a otro Rom.

Esto va contra las leyes naturales, contra la realidad, que es la fuente donde se ha abrevado

la curiosidad del niño que despierta a la vida.

El sistema Pizzurno es el siguiente: procede de las palabras usuales a su conocimiento y combinación. Más tarde vendrá el conocimiento de las consonantes, de sus nombres y de su empleo. De este modo, según Pizzurno, vamos de lo conocido a lo desconocido. Sabiendo, además, que la ilustración es un factor importantísimo en el aprendizaje de la lectura ha hecho ilustrar profusamente los ejercicios. Pero el libro del maestro Pizzurno está mal ilustrado. Un huevo está representado en su tamaño natural; un elefante no tiene ni la quinta proporción de huevo. Estas cosas tan sencillas constituyen grandes misterios para un niño de primer grado y engendran la confusión en todos los casos. El maestro Pizzurno, por otra parte, incurre en las mismas audacias de lenguaje que sus colegas. No sabe hablar al niño en su lenguaje, no entra en inteligencia con el niño. Espera que tras martirios sin cuento, el cerebro del infante se adapte a su plan de enseñanza. Tampoco en este sentido respeta las leyes naturales. Embarulla la cabeza del chico con palabras que nunca vá a saber emplear bien. Por esto en el pueblo no se conoce la verdadera acepción de las palabras sino por intuición. Preguntada a tu hijo, lector, lo que vale la palabra, *espolea*, que encontramos al azar en *Pininos*. Ya lo ves, no acierta a representártela. Se le explicará una o dos veces, dirá que sí, la entiende; pero nunca sabrá emplearla propiamente sino se la enseñan por otro método.

La acción del maestro, en estos casos es nula. Un profesor inteligente que quería explicar el exacto significado de la palabra *fofo*, decía: —Fofa quiere decir, blando y esponjoso... pero no... es algo más todavía... es... es... (Y en el afán de explicar con claridad se puso a hacer sin quererlo unos movimientos con las manos, muy cómicos, como si tuviera entre ellas algo efectivamente fofo.) Imaginemos ahora la desesperación del maestro de *primer grado* que enseña con el librito de Pizzurno. ¿Cómo se las arreglará para explicar las palabras: *sumiso, aspa, posada, mastín, sabuoso, duendes, aulas, enfadan, solfeo, leal, fátuo, jaleo, aljibe, hábitos, acude, menester, ufano, suele, aguarda, lerdo, gula, súbito, acontece, aguinaldo, plausible, trepada, meároso, apresurar, previsor, probable, agraviado, explorar, exceso, leve, brinca, reñir, reconciliar, trazar* y basta para no cansar al lector.

¿Estos son los "pininos" del maestro Pizzurno? ¿De este modo en la práctica vá de lo conocido a lo desconocido? ¿Respetan las leyes naturales?

No. Enseña a los chicos no a leer comprendiendo, sino a declamar como loros.

Dime Hipólito:

¿Tú bebés vino? ¿Fumas? No, ¡eh!

No tomes jamás tales hábitos.

¡Son tan dañosos!

Cualquier chico de seis años sabe que sólo hablan así los mariquitas.

Por último, veamos de que enseñanzas morales

es capaz el librito "Pininos". En la página 23, leemos:

Los soles *Un solo sol*
sal del sol mal vil

Es un lindo día de sol.
Silvano y Lia salen de paseo.
En el paseo ven soldados.
Pasan más de mil.
Pasa la bandera.
Lia y Silvano la saludan.
Dan palmadas.
Eso es lindo, lindo.
¡Viva! — ¡Viva! — ¡Salve!

Vergüenza, tres veces vergüenza que todo un maestro como Pizzurno, haga creer a los pobres chicos que el estado educa, que los soldados son una cosa linda.

Y es esto lo que el maestro dice a los sentidos, a la inteligencia y al corazón de los niños que tienen la desgracia de aprender a leer en *Pininos*, en una época en la que no debían existir una sola criatura en la tierra, que no supiese por boca del maestro, que los soldados son una linda porquería.

Y ahora, perdón, maestro.

LECTURAS

La instrucción de una criatura no consiste en hacerle recitar textos ininteligibles... Consiste en darle a saber hechos, nociones, cosas útiles, cosas prácticas... Nada más absurdo que comenzar a enseñar a un niño en una lengua muerta quien fué Fabio, rey de los sabinos, semejantes asuntos que corresponden a naciones extinguidas, dejándole al mismo tiempo sin saber lo que es la lluvia que le moja, o como se hace el pan que come, y todas las otras cosas del Universo en que vive. Nada de clásicos! El primer deber del hombre es vivir. Para esto es necesario estar sano y ser fuerte. Toda educación sensata consiste en esto: crear la salud, la fuerza, desarrollar el animal, armándolo de una gran superioridad física. Tal cual como si no tuviese alma. El alma viene después. El alma es otro lujo. Es un lujo de la gente grande...

ECA DE QUEIROZ

ALLA LUNA

O graziosa luna, io mi rammento
 Che, or volge l'anno, sovra questo colle
 Io venia pien d'angoscia a rimirarti:
 E tu pendevi allor su quella selva
 Siccome or fai, che tutta la rischiari.
 Ma nebuloso e tremulo dal pianto
 Che mi sorgea sul ciglio, alle mie luci
 Il tuo volto appariva, che travagliosa
 Era mia vita: ed é, né cangia stile,
 O mia diletta luna. E pur mi giova
 La ricordanza, e il noverar l'etate
 Del mio dolore. Oh come grato occorre
 Nel tempo giovanil, quando ancor lungo
 La speme e breve ha la memoria il corso,
 Il rimembrar delle passate cose,
 Ancor che triste, e che l'affanno duri!

LEOPARDO

HOMBRES DE TEATRO

Estamos llenos de prevenciones contra la obra de González Castillo, no solo porque a un personaje le haga decir "tu" y "vos", y a otro "querés", y "quieres", simultáneamente, sino porque a uno le hace decir "diez" cuando son "cinco" y a otro "cinco" cuando son "diez". Así, por ejemplo, en una de sus obras nos presenta un capataz encabezando una huelga, que es lo mismo que si nos presentara un rey encabezando un movimiento republicano.

Uno de los defectos fundamentales de esa literatura teatral, consiste en determinar la psicología de un personaje y hacerlo actuar fuera de su radio; otro más grave, es largarlo a escena sin filiación psicológica, para que tan pronto suelte una gansada como nos venga a hablar seriamente de redención social.

Un personaje coloca acertadamente, algunas reflexiones burocráticas; pero las reflexiones de un burócrata no tienen más alcance social que las sentencias de un zapatero. Las reflexiones de un tinterillo giran alrededor del tintero, como las del zapatero oscilan sobre la capellada de los zapatos. Cuando un hombre habla en público, entendemos que no debe dirigirse solamente a su suegra como está obligado a hacerlo en su casa. Los personajes de González Castillo, casi siempre disertan para sus suegras y solo viven en su imaginación.

Esos mismos personajes llevan sobre sus espaldas muchísimos años de servilismo y una joroba enorme que el autor suprime con un canto obrero y un par de cuernos. Eso de regenerar a un hombre tocándole una serenata no deja de ser una falsedad.

Otro tipo de González Castillo es el "introdutor de artículos", revolucionario. Un introductor de artículos que se pone a predicar la revolución social le hace muy poco honor a Gorky y se granjea por añadidura la antipatía de su "distinguida clientela", razón por la cual se expone a perder su puesto, estúpidamente.

El defecto principal de la obra de González Castillo es el discurso. González Castillo escribe tres actos para defender el divorcio, cuando uno puede casarse y descasarse sin la intervención del estado. Escribe más actos para atacar la pedestría que es como atacar la tuberculosis: una enfermedad que no se cura con melodramas y discursos.

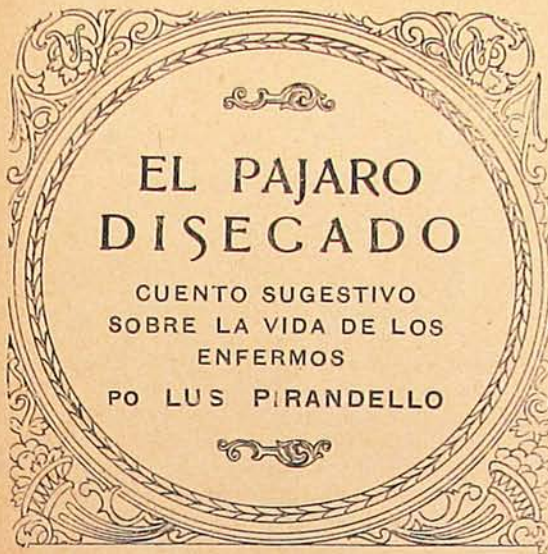
Como se vé, se ha propuesto hacer obras serias; algo más: obras de tesis.

Cuando González Castillo pronuncia la palabra tesis, pone una cara misteriosa, extraordinariamente pedagógica, y se llena de emoción científica.

MARCOS PROFANO.

Yo hubiese puesto la juventud al término de la existencia humana. Insectos hay que en su postrer metamorfosis tienen hermosas alas y carecen de estómago. Sólo renacen bajo esta depurada forma para amar una hora y luego morir.

A. France.



Todos, excepto el padre, muerto de pulmonía a los cincuenta años — madre, hijos, hermanos, tíos y tías del lado materno —, todos habían muerto físicos, muy jóvenes, uno tras otro.

Una curiosa procesión de ataúdes.

Sólo quedaban dos aún: Marcos y Aníbal Picotti, y parecían estar empeñados, resueltos tercaamente a no darse por vencidos de aquel mal feoz que había exterminado a dos familias.

Se vigilaban recíprocamente, con el ánimo alerta siempre, espante; y punto por punto, con inflexible rigor, seguían las prescripciones de los médicos, no sólo en lo que se refería a las dosis y calidad de los alimentos y de los reconstituyentes que tenían que tomar en píldoras y cucharadas, sino también en lo que afectaba a la ropa que habían de vestir, según las estaciones y las más pequeñas vicisitudes de la temperatura al acostarse y levantarse, y hasta para los paseos que habían de dar o en los demás leves desahogos deseables, desahogos que para Marcos y Aníbal tenían también el mismo sabor que las curas y las recetas.

Viviendo así, tanto Marcos como Aníbal, esperaban superar con perfecta salud el máximo límite de edad, al que, quitado el padre, que había muerto de otro mal, habían llegado todos sus parientes.

Cuando lo consiguieron, creyeron que habían logrado una gran victoria.

Sino que, Aníbal, el menor, se entusiasmó tanto, que empezó a aflojar un poco los rígidos frenos que se impusiera antes y a permitirse, de cuando en cuando, alguna ligera transgresión.

El hermano, con la autoridad que le daban sus tres o cuatro años más, intentó llamarle al orden. Pero Aníbal, como si ya no tuviese que guardarse de la muerte, pues ésta no le había cogido en la edad en que había aniquilado a todos los de su familia, no quiso hacerle caso.

Eran los dos, sí, de la misma corpulencia, algo bajos pero bien plantados: la nariz ancha y

gruesa, los ojos oblicuos, la frente estrecha y los bigotes grandes, negros; pero él, Aníbal, aunque menor, era más robusto que Marcos, bastante más; hasta tenía una barriguita discreta, de la que se envanecía, y más ancho el tórax, más robustas las espaldas y más redondita la cara. Pues si Marcos, siendo como era más débil que él, estaba bien, ¿no podía él, impunemente, gastar en la vida lo que tenía de ventaja sobre el hermano?

Marcos, después de cumplir con su deber, como su conciencia le dictó, se dejó de consejos y amonestaciones, y se redujo a mirar, sin riesgo para él, los efectos de aquellos descuidos en la salud de su hermano. Que al cabo de mucho tiempo, Aníbal no sufría ningún daño: pues entonces él... ¡Quién sabe!, se tomaría también, a su vez, un poco de libertad; por lo menos podría entonces probar.

¡Pero qué! ¡No, no! ¡Horror! ¡Locuras! Aníbal un día le dijo que se había enamorado y que quería casarse. ¡Imbécil! ¡Con la amenaza terrible del mal sobre su cabeza, y casarse! ¡Y casarse con quién? ¡Con la muerte! Pero si, además, sería un delito, ¡por vida de...! Echar al mundo a otros infelices. ¡Y quién era la infeliz que se prestaba a semejante delito, a este doble delito?

Aníbal se molestó. Dijo al hermano que no podía permitir de ningún modo que él usase esas expresiones para hablar de la que dentro de poco sería su mujer; que, por lo demás, si había que conservar la vida, así como a condición de no vivirla, lo mismo le daba el morir un poco después o un poco antes. ¿Qué más daba? Estaba ya aburrido; vaya, basta.

El hermano se quedó mirándolo, con la cara llena de lástima y de desdén, moviendo un poco, apenas, la cabeza. ¡Oh, majadero! Vivir... no vivir... ¡Como si eso pudiera decirse! ¡Había que vivir! ¡Era preciso no morir! Y no ya por miedo a la muerte, sino porque esto era una feoz injusticia, contra la cual todo su ser se revolvía, no por él, sino por todos los parientes muertos, que él con la obstinada y dura resistencia tenía que vindicar.

Basta, sí, basta. No quería inquietarse; hasta le molestaba ya el haberse alterado y acalorado antes. ¡Ya nunca más!

¿Se quería casar? ¡Era dueño de hacerlo!... Admirable, admirable... Se quedaría él solo, mirando frente a frente a la muerte, sin dejarse seducir por las aacechanzas de la vida...

Las cosas claras, sin embargo. Estar juntos, no; molestias, estorbos, no. ¡Si quería casarse, a la calle! Sí, a la calle, porque el hermano mayor, el cabeza de la casa era él, y la casa, por tanto, le pertenecía. Lo demás se lo repartirían en partes iguales. Hasta los muebles, sí. Podía llevarse todos los que quisiera; pero, poco a poco, con cuidado, sin levantar polvo, porque la salud, él, se la quería guardar.

¿El armario? ¡Y por qué no? Sí, y el arcón también, y el espejo, y las sillas, y el lavabo... sí, sí... ¿Y aquella cortina? Pues sí, también, aquella cortina... y la mesa grande del come-

dor para todos los hermosos chiquillos que tendría y también el aparador con todos sus chirimboles... Con tal de que le dejase intacta su alcoba, con sus silloncitos antiguos y su diván, tapiados de cuero falso, a los que tenía tanta devoción, y aquellos dos estantes de libros viejos y la escribanía... Todo eso no; eso lo quería para él.

—¿También esto? — le preguntó sonriendo, el hermano.

Y señaló entre los dos estantes un gran pájaro disecado, plantado sobre unas patas de papagayo, tan antiguo, que por sus plumas descoloridas ya no podía saberse a qué raza pertenecía.

—También esto. Todo lo que hay aquí dentro, — dijo Marcos —. No veo que sea cosa de risa... Un pájaro disecado... Recuerdo de familia... Déjalo estar.

No quiso decir que por lo bien que se conservaba aquel pájaro le parecía de buen augurio, y, por su antigüedad, le daba cierto aliento cada vez que lo miraba.

Cuando Aníbal se casó no quiso él participar en la fiesta de bodas. Sólo una vez, por delicadeza, había ido a casa de la esposa, y ni le dijo una sola palabra de felicitación y de plácemes. Fría visita de cinco minutos. Ya no volvería a casa del hermano ni a la vuelta del viaje de novios, ni nunca. Sentíase enfermo, con un temblor por todas las piernas, cada vez que pensaba en el matrimonio del hermano. Le parecía una cosa monstruosamente cruel: — ¡Qué ruina! ¡Qué locura! — no cesaba de exclamar, paseando por la alcoba bien cerrada, atestada de medicinas, con los ojos fijos en el vacío y tocando con las manos inquietas los muebles que habían quedado. — ¡Qué ruina! ¡Qué locura!

En el viejo papel de las paredes habían quedado las huellas de los otros muebles que se llevó el hermano, y aquellas huellas le aumentaban su sensación de vacío.

—¡Qué ruina! ¡Qué locura! — repetía mirándolas.

Estaban tan bien los dos, juntitos, allí, dedicados a cuidarse recíprocamente, a hacerse compañía.

¿Y ahora?

Solo, allí, en la vieja casa, como un alma en pena. ¡Vamos, vamos! ¡No! No debía acobardarse. Ya no debía pensar más en aquel ingrato, en aquel loco! El sabría bastarse a sí mismo.

Y se ponía a silbar despacio, muy despacio, o a tamborilear con los dedos en los cristales de las ventanas, mirando los árboles del jardínillo, esqueléticos por el otoño, hasta que ¡Dios mío! veía, allí en los cristales donde él tamborileaba, una mosca muerta, seca, pegada todavía por una patita.

Pasaron varios meses, casi un año, desde las bodas del hermano.

El día de Nochebuena oía él, desde su alcoba, el son de la zambomba y de las latas y el coro de las mujeres y de los niños que iba a la misa del gallo, que se decía en la capillita adornada con césped verde, y en la cual quemábanse, chis-

porroteando, dos gruesas garbas de paja, y se preparaba, angustiado, a meterse en la cama a la hora de costumbre, cuando un frenético timbarazo le estremeció a él y sobresaltó toda la casa.

Una visita de Aníbal y de la cuñada. Aníbal y Lilina.

Irrumpieron *enmantados*, dando bufidos, y se pusieron a dar pataditas como de frío y a reír, a reír... ¡Cómo reían! Vivaces, alegres, divertidos....

Le parecieron borrachos.

¡Oh! Una visita de diez minutos, sólo para felicitarlo: no querían que por su causa fuese él a retrasar la hora de acostarse. ¡Y... no se podía, mientras tanto, abrir la ventana, aunque no fuese más que una rendijita, para renovar el aire del cuarto un poco? ¡No es verdad? ¡No se podía, ni siquiera un minuto? ¡Dios mío! ¡Y qué era aquel bicharraco, aquel pajarote disecado? ¡Y esto? ¡Oh! ¡Y aquel pito? Para las medicinas, ¿verdad?... ¡Y doña Fanny? ¡Dónde estaba la dueña Fanny?

Durante estos diez minutos Lilina no se estuvo quieta ni un momento, correteando y saltando aquí y allá por la habitación del cuñado.

Este quedó aturdido como por una imprevista y frenética racha de viento que le trastornase, no sólo su viejo cuarto delicioso, sino todo su espíritu.

—Y después de todo... y después de todo — se decía, sentado en la cama, cuando se fueron sus hermanos, y con ambas manos se frotaba la frente —, y después de todo...

No acertaba a seguir.

Tal vez. Había tenido por seguro que el hermano, tras la primera semana de sus bodas, se habría deshecho, sí, después de la vida que con él llevaba tantos años; deshecho, roto a pedazos... y no, todo lo contrario, allí estaba muy bien, estaba sanote. ¡Y qué contento! Verdaderamente feliz...

Entonces ya no era necesario que él mismo siguiese con todas aquellas curas oprimentes, aquella miedosa vigilancia, aquel martirio que le sofocaba y que aun pudiese vivir, vivir como su hermano...

Este, riéndose, le confesó que ya no seguía ningún régimen ni observaba ningún cuidado. ¡A rodar todo! ¡Al diablo los médicos y las medicinas!

—¿Si probase también yo?

Se lo propuso y por primera vez se dirigió a casa de Aníbal.

Fué acogido con tanta alegría que quedóse por un momento aturdido. Cerraba los ojos y adelantaba las manos como defendiéndose, siempre que Lilina hacía ademán de tirársele encima. ¡Ay, qué simpática diabla aquella Lilina! Estaba toda estremeciente. ¡Era la vida! ¡Era la vida! Por fuerza quiso que el cuñado se quedase a almorzar con ellos. ¡Y cuánto le hizo comer! y ¡cuánto le hizo beber! Se levantó ebrio, pero más ebrio de alegría que de vino: ebrio, lo que se dice ebrio...

Por la tarde, sin embargo, apenas llegado a ca-

sa, Marcos Picotti se sintió mal. Un fuerte constipado de pecho y de estómago, que le obligó a estarse en cama algunos días.

En vano Aníbal intentó convencerle de que esto le había ocurrido porque se preocupaba demasiado y no se había lanzado con coraje y alegría a la vida desenfundada. ¡No, no! ¡Nunca más, nunca más! Y miró al hermano con tales ojos, que Aníbal de pronto, le preguntó.

—¿Qué... qué me ves? — palideciendo con una sonrisa apagada en los labios.

¡Desgraciado! La muerte... la muerte... Ya tenía el la señal allí, en la cara. ¡La señal que no falla!

Se lo había notado por aquel imprevisto palidecer.

Sólo los mofletes le quedaban encendidos. Ya sin alegría, estaban allí, sobre los pómulos, los dos fuegos de la muerte, sombríos.

* * *

Aníbal Picotti murió, efectivamente, a los tres años de su boda.

Y fué para Marcos el golpe más tremendo.

Lo había previsto, lo sabía muy bien que por fuerza el hermano tendría que acabar así. Pero, con todo, ¡qué terrible amenaza para él y qué dolor!

Ni siquiera quiso arriesgarse a acompañarle hasta el cementerio. Se hubiese conmovido demasiado, hubiese sentido despecho, y hasta odio le habría nacido con las miradas de aquella gente, que, por una parte, le mirarían compadecido, pero, por otra, le clavarian agudamente los ojos en la cara, para descubrir las señales del mal que a todos había matado, hasta a Aníbal.

¡Pero él no, él no debía morir! ¡El sólo, de todos los de su familia, vencería a la muerte! Tenía ya cuarenta y cinco años. Le bastaba llegar hasta los sesenta. Después, ya, la muerte; pero otra ¡no aquélla! ¡No aquella que había matado a todos los suyos! Podía llevarse al otro mundo tranquilamente. No le importaría ya nada.

Y redobló sus cuidados y sus preocupaciones. No quería siquiera que en aquellos momentos la desolación constante, aquel estar pensando en el hermano, le dañase. Y entonces se propuso fingir ante sí mismo, que ya no pensaba más en él. Sí, eso es; de cuando en cuando alguna palabra, como: "hace calor..." O bien; "hace buen tiempo..." se le subían a los labios, aisladas, sin pensarlas, como si quisiera preferirlas para advertir que la voz no se le había enronquecido un poco.

Y andaba dando vueltas por las amplias habitaciones vacías de la casa antigua, bamboleando la borla de su gorrita de terciopelo y silboteando.

La pequeña doña Fanny, la camarera, que no se sentía aún muy vieja, y que durante tantos años como estaba a su servicio aun no había podido quitarse de la cabeza la idea de que su señor tuviese algún afecto por ella y por timidez no se lo supiese decir, viéndole pasear así por la casa le sonreía y le preguntaba:

—¿Quiere alguna cosa, señorito?

El la miraba de arriba a bajo, y le contestaba con sequedad:

—No quiero nada. ¡Límpiese la nariz!

Doña Fanny se estremecía toda y replicaba:

—Comprendo, comprendo... El señorito me riñe porque me quiere bien.

—¡No quiero bien a nadie! — le decía él entonces gritando y con los ojos asombrados. — ¡Le digo que se limpie la nariz porque sorbe tabaco! ¡No quiero bien a nadie; pero no quiero ver en su nariz ni pizca de tabaco!

Le volvía la espalda y empezaba a silbar otra vez, moviendo su borla y paseando.

Un día, la viuda del hermano, tuvo la mala ocurrencia de hacerle una visita.

—¡Por caridad, no! — le dijo él llevándose las manos a la cara para no verla llorar así, vestida de negro—. ¡Márchese, márchese y no vuelva a venir, por Dios! ¿Es que quiere matarme? Se lo suplico, váyase en seguida; no puedo verla, no puedo verla...

Un atentado le pareció aquella visita. ¿Pero qué creía ella, que ya no se acordaba él del hermano? Se acordaba, se acordaba... Sólo que simulaba lo contrario, porque aun era pronto. ¡Eso es! ¡Aun era pronto!

Estuvo malo todo el día, y por la noche, sí, por la noche, al despertarse, tuvo un furioso ataque de sollozos, del cual, a la mañana siguiente, fingió no acordarse. Alegre, alegre, al día siguiente; silboteaba como un mirlo y de cuando en cuando:

—Hace calor... buen tiempo...

Cuando el bigote, que se le conservaba tenazmente negro, comenzó a encanecer, como ya el pelo lo hacía sobre las sienes, él, en vez de afligirse, se alegró.

Como todos los suyos habían muerto jóvenes, la tisis le parecía cosa de juventud, y cuanto más viejo se encontraba, creíase por ello más seguro. El debía envejecer. Y como odiaba la juventud, odiaba todas las cosas a ésta ajenas: el amor, la primavera. Sobre todo la primavera. Constábale que ésta era la estación más temible para los enfermos del pecho. Y con sorda rabia miraba el reverdecir y llenarse de flor los árboles del jardinillo.

En llegando la primavera ya no salía más de casa. Después de comer se quedaba en la mesa y recreábase haciendo sonar los vasos. Si doña Fanny se acercaba al sonido, como una mariposa a la luz, él la mandaba a paseo ásperamente.

¡Pobre doña Fanny! Realmente era que aquel bruto de su señor no la quería. Y ya no dudó de esto, cuando habiendo enfermado gravemente la envió a morir al hospital. El sólo se apenó porque tenía que tomar otra criada. ¡Y tuvo que cambiar tantas en tan poco tiempo! Por fin, como ninguna le satisfacía y todas se aburrían de él, se resignó a vivir solo y a hacerse todo él mismo.

* * *

Así llegó a los sesenta años.

Entonces, la tensión en que por tanto tiempo había mantenido su espíritu, se quebró de golpe. Marcos Picotti se sintió tranquilo. Había cumplido con el fin de su vida.

¡Y ahora?

Ahora podía morir. ¡Ah, sí, morir, morir; estaba cansado, nauseabundo, asqueado: no pedía otra cosa! ¡Qué esperaba ya de la vida, sin aquel fin de antes, sin aquel empeño? Cansancio, aburrimiento.

Empezó a vivir sin ningún orden, a levantarse de la cama antes de lo que acostumbraba, a salir por las tardes, a frecuentar alguna tertulia, a comer todos los alimentos. Se echó a perder el estómago, enflaqueció, y se aburría más que nunca al ver a la gente, que continuaba felicitándole por su buen estado de salud.

El aburrimiento, la náusea, le crecieron tanto, que un día se convenció de que aun le quedaba por hacer algo: aun no sabía qué; pero ciertamente algo tenía que hacer para librarse del tormento que aun le sofocaba. ¡Es que todavía no había vencido. No, sentía que no había vencido.

Se lo dijo, se lo demostró, maravillosamente, aquel pájaro disecado, plantado sobre sus dos patas de papagayo, allí entre los dos estantes.

—Paja... paja — empezó a decir Marcos Picotti mirándolo.

Lo cogió, sacó de un bolsillo del pantalón su cortaplumas y le rasgó la tripa.

—Míralo... paja... paja.

Miró en torno del cuarto, vio los silloneitos antiguos tapizados de cuero falso y el diván, y con el mismo cortaplumas se puso a cortar la tapicería y a sacar fuera a puñados la borra, repitiendo con la cara descompuesta por la náusea y la repugnancia:

—Eso es... paja... paja... paja.

¿Qué quería decir? Pues eso simplemente. Ya estaba: se sentó delante de la escribanía, sacó de un cajoncito el revólver y lo apuntó contra sus sienes. Eso es. Tan sólo así había vencido verdaderamente.

Cuando se divulgó por el pueblo la noticia del suicidio de Marcos Picotti, nadie quiso creerlo, pues a todos les parecía una contradicción con el cerrado y testarudo furor con que él se había mantenido en su vida hasta la vejez.

Muchos, al ver en el cuarto aquellos sillones y aquel diván despanzurrados, no sabiendo cómo explicarse ni el suicidio ni aquellos destrozos, creyeron más bien en un crimen, y sospecharon que los destrozos serían obra de uno o varios ladrones. Lo sospechó, primero que nadie, la autoridad judicial, que en seguida se puso a hacer averiguaciones y registros.

Después de muchas diligencias encontró en un puesto de honor aquel pajarraco disecado, y como si pudiese servir para dar luz al proceso, encargaron a un gran ornitólogo que definiera la raza a que el pájaro pertenecía.

LUIS PIRANDELLO.

MADRIGAL

¿Qué son las bocas? Son nidos.
 ¡Y los besos? Aves locas,
 Por eso apenas nacidos.
 Van de una boca a otras bocas.

M. G. NAJERA.

OPINIONES

El sacerdote puede ser bueno o malo, pero no sincero. La verdad de su vida la encubre con la mentira de su sotana.

—:—

Yo empecé a dudar de la existencia de Dios cuando me dijeron que debía temerle.

—:—

La curva que forma las espaldas de un trabajador anciano, tiene una superioridad infinita sobre la redonda barriga de un hombre rico.

—:—

A la vista del rostro arrugado de una anciana, debrían las mujeres coquetas reflexionar, aprovechando las enseñanzas que encierran las arrugas. No deben ayudar al Tiempo, con venenosos afeites, en su tarea devastadora.

—:—

El oro que tapa las caries de los dientes suele ser, para algunos seres, motivo de orgullo. Conozco a más de un buen muchacho que al conversar, abren la boca más de lo necesario con el objeto de lucir un diente de oro. Esto es como estar orgulloso de ocultar lacras bajo camisas costosas.

—:—

La vida de cualquiera de los ministros del Señor es suficiente para considerar al Dios de los Católicos como algo imposible.

—:—

El rostro afeitado de un lacayo es el simil de un sacerdote; ambos reflejan nítidamente: La Hiporesía.

—:—

Un estómago sano: Un campesino.

—:—

Las miserias materiales, queréis verlas?... Id a casa de los pobres.

Las del espíritu? Visidad cualquier palacio de las calles aristocráticas.

—:—

Teme a los malhechores que no salen nunca en las crónicas policiales y que sin embargo todos los días nos roban gramos de azúcar y nos hacen tomar campeche en botellas con etiquetas "Vinos de pura cepa".

—:—

Un patriota: Un mal informado.
 Un patriotero: Un informado por un patriota.
 Qué cosa hay más triste que un teniente?: Un general.
 Un carcelero: Máximo Gorki dijo: un alma arrugada.

FRANCISCO RODRIGUEZ.

Buenos Aires, febrero de 1925



JUGAR CON EL FUEGO



Por FELIPE TRIGO

Pasaba por Madrid, donde veinticuatro horas debía detenerse, con dirección a Tánger, León Demarsay, un diplomático con quien yo había intimado en Manila, hombre de gran corazón y excelente tirador de armas. Por mi advertidos de esas prendas del joven, quisieron algunos amigos míos conocerle, y le invitamos a un almuerzo, para cuyo final teníamos preparadas la panoplias.

Servido el café en el salón, Pablo Mora, que presume de floretista, le brindó el azúcar con la mano izquierda y con la derecha un par de espadas.

—Gracias — contestó León sonriéndome con dulzura al comprender que defraudaba nuestras esperanzas. Hace mucho que abandoné estas cosas. No sé. Completamente olvidadas.

Y luego, defendiéndose de nuestra insistencia, y para que no creyéramos falta de cortesía o fatuo desdén de maestro su negativa, añadió, mientras se sentaba y empezaba a sorbos su taza, invitándonos a lo mismo:

—Hace tres años, juré no volver a tocar la empuñadura de un arma.

Y quedó sombrío, delatando algún doloroso recuerdo. Respetándolo nosotros, nos sentamos también, sin pensar en más explicaciones. Pero la gentil María, esposa de Mora, en cuya casa estábamos, y otras dos señoritas que nos acompañaban, una de las cuales, discípula de Sanz, había pensado en el honor de un asalto con el francés (cosa que venía a constituir quizás el capricho y principal atractivo de la reunión), le seguían mirando curiosamente.

—¡Nada! — exclamó al fin Demarsay. — Como usted, Luciana (la discípula), yo empecé la esgrima por receta de un médico. Usted, según me ha dicho, contra una neuralgia; yo, contra un reuma. ¡Ojalá que en mí hubiera podido continuar siendo un *sport* saludable, como lo será en usted toda la vida...! Pero los hombres — añadió envolviéndonos en una sonrisa de irónica piedad — somos un poco más crueles que las mujeres.

—Permita que me sorprenda en un hombre tal confesión — dijo María, clavando los ojos en Demarsay, del mismo negro acero que su pelo.

—¡Necesita demostrarse! — añadió no sé quién de nosotros.

—La demostración resulta de mis pequeñas historias. Decía... que un doctor me aconsejó, para unos dolores rebeldes, el campo y la gimnasia: inmediato a la finca donde pensé instalarme, vivía retirado M. Montignac, el célebre duelista de Europa; propúsele al doctor, en gracia a mi comodidad, sustituir la gimnasia con la esgrima; aceptó, y a los seis meses yo estaba curado. Mas como por mis negocios permanecí en la posesión algunos años, y como además, por gratitud al ejercicio y deferencia a mi maestro, no abandoné las armas, resultó que cuando volví a París, según Montignac, que se apresuró a comunicárselo a sus compañeros, era el mejor discípulo que había tenido hasta entonces. A consecuencia del aviso, sin duda, la *Sala Herouilly* me invitó a un asal-

to, en el cual desarmé cuantas veces quise a un M. Murguer, tirador celeso de su fama, recibí al siguiente día la visita de sus padrinos.

—¿Para otro asalto? — preguntó ingenuamente Luciana.

—Para un duelo — continuó Demarsay. — Pretendían que me batiera con Murguer, porque éste desaba saber si mi habilidad era la misma con espada sin botón. Contesté que no tenía el menor deseo de prestarme a la prueba, y que no encontrando odios ni ofensas que vengar, sino antes al revés, habiendo tenido una complacencia en conocerle, le proponía un jovial almuerzo con unas cuantas botellas de champagne. Almorzamos juntos, tiramos y procuré dejarme alcanzar algunas veces, por calmar la vanidad de aquel hombre. Sólo que una de ellas, cuando yo creía estar ganando su simpatía, al oírme decir sonriendo: *¡Touché!* arrojó su espada y nos abandonó airadamente. Por la tarde los padrinos. Afirmaban esta vez que le había ofendido con mi condescendencia, tratándole como a un niño; lo que no estaba dispuesto a tolerar, porque aspiraba a ser tratado en todo momento como hombre; que no aceptaba explicación ninguna, y que conceptuaba preciso que nos midiéramos con armas desnudas, a fin de que sus descuidos o mis galanterías, en caso que yo me atreviera así a brindárselas, no resultaran una ridícula e inocente burla.

—¡Qué tesón! — exclamó María.

Pablo, en su *punto de tirador*, advirtiendo que todos los que oíamos a Demarsay hallábamos importuna la conducta de su adversario, se creyó en el caso de encontrarla explicable.

—Al verdadero duelista — manifestó — velador constante de su prestigio, no le es agradable, aunque involuntaria, una humillación de esa índole. En esto se parece a la mujer con respecto a su honra. Ninguna tolera con paciencia que otra mujer delante de ella aparezca más *honrada*.

—Pero yo, que no soy *duelista*, que no lo era — replicó Demarsay con su acento ligero y fino de parisiense, — sino un pobre enfermo que se curaba y se divertía jugando al florete igual que podía divertirse jugando a la pelota, me asombré de la exigencia de aquel señor, a quien juzgué un solemne majadero...

Miré a Pablo y le vi inmutarse. Iba a contestar, tal vez en defensa de su falaz proposición, pero se contuvo.

—Y con plena franqueza tuve el gusto de participárselo a los padrinos — continuó el diplomático. — Aseguro a usted que eché de menos la ley de Schopenhauer contra el duelo: "Todo mantenedor y portador de un cartel de desafío, recibirán veinte palos en público, a usanza china".

Pablo no pudo contenerse.

—Castigo que no sufriría ningún hombre de honor sin pegarse un tiro.

—A lo cual contesta el filósofo, que lo prevé: "Es mejor que un loco se mate así mismo que no mate a otras personas".

Produjeron una carcajada, que puso en evidencia a Pablo, las palabras del francés, quien siguió:

—Loco era aquél, y de remate. Me buscaba y me encontró, una noche en el Tívoli: me dió un bofetón y le tire por la barandilla del palco; él, al hospital desde el teatro, con una pierna rota; yo a la comisaría, donde tuve que pagar dos sombreros y un abanico que estropeó al caer mi hombre... Pierna curada a los dos meses, y ¡lo de siempre, señores! ¡el duelo!... ¡Bah! Era preciso acabar, y acepté como quiso, permitiéndose todo, a muerte. Aseguro que cuando contemplé mi espada ante aquel infeliz que se defendía con torpeza, me pareció un instrumento infame con el cual, y con habilidades de tahir, podía yo impunemente arrancar una existencia. Pude matarle, y le desarme varias veces. Eso aumentó su coraje, y mi desprecio a mi mismo, y a él, y o cuantos presenciaban el repugnante espectáculo como una fiesta. Al fin, para acabar, le herí en la mano. No cedió, sino que se lanzó sobre mí con más furia. Estonces le atravesé el brazo y la espada cayó de su mano inerte... Antes de que aquel insensato pudiera curarse y provocarme de nuevo—concluyó Demarsay dirigiéndose a mí — pedí mi traslado, y renegando de la esgrima que en mala hora había aprendido, me embarqué para Sangay, y luego para las Filipinas, donde tuve el gusto de conocer a usted.

—Pero ¡el juramento?... — interrogó Luciana.

—Porque no hasta eso — añadió otro; — una temeridad excepcional no significa que la esgrima no pueda servir una causa justa.

—Y, en efecto — añadió yo, — cuando le conocí, todavía le vi manejar prodigiosamente la espada.

—Sí — contestó mi amigo, — pero evitando a los profesionales. Aun así, señores, después tuve que cerrarme a la banda para rehuir otros encuentros con Tomegneux, en París, y con San Malato, en Florencia; y hasta puede convencerme al fin, por mi propio, de que el conocimiento de las armas, que no es indispensable nunca y que sirve rara vez para cosas razonables, se pone fácil y malamente al servicio de la vanidad y de las pasiones. La que es hoy mi mujer era mi novia en 1895. Estábamos en Nápoles; el conde de Torino quería a mi novia, que me adoraba, y el padre de ésta, un romano que conservaba la tradición del orgullo, prefería al conde por su nobleza. Mi pobre Celsa se rebeló al afán de su padre, poniéndome por causa; y cuando el conde me desafió un día, sentí una alegría infinita, satánica. Tenía la seguridad de matar a mi rival, y me complacía en el derecho que él mismo me daba para matarle.

Se interrumpió Demarsay un segundo, con tristeza, antes de proseguir:

—Pude cumplir con una pequeña estocada, como con Murger; pero no: fui tan miserable, que aproveché con saña y sangre fría todo mi arte para buscarle el corazón... Ante aquel desdichado que se desplomaba, comprendí repentinamente toda mi infamia... Y entonces fué mi juramen-

to, señorita... ¡jugar con las armas es jugar con el fuego!

Un poco después, León Demarsay se despedía de nosotros. Aun estaba en la antesala cuando Pablo me cogió de un brazo, me llevó al comedor y dijo:

—¿Quieres ser mi padrino?

—¿Te bates? — le pregunté sorprendido.

—Sí.

—¿Con quién?

—Con León Demarsay. Me dijo antes *majadero*.

—¡Y tú lo confirmas! — repliqué con tal acento de convencido desprecio, que se quedó en mitad del comedor con la cabeza baja, más abochornado que ofendido.

FELIPE TRIGO.

PROVERBIOS DE SALOMON

Sobre toda cosa guardada guarda tu corazón, porque de él mana la vida.

Hay quien parece rico, y no tiene nada; y hay quien parece pobre, y tiene muchas riquezas.

Zarcillo de oro en la nariz del puerco, es la mujer hermosa y fatua.

Compra la verdad y no la vendas.

Como ciudad derribada y sin muro, es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda.

La b'landa respuesta quebranta la ira; mas, la palabra áspera aviva el furor.

¿De qué sirve al necio tener riquezas, no pudiendo comprar sabiduría?

Gotera continua en tiempos de lluvia, y mujer rencillosa, son semejantes; el que pretende contenerla, quiere arrestar el viento.

Mejor es vivir en un rincón de zaquizamí, que con la mujer rencillosa en espaciosa casa.

Mejor es el sufrido que el fuerte; y el que domina su corazón, que el que toma una ciudad.

Manzana de oro en cestillo de plata es la palabra dicha a su tiempo.

Seis cosas aborrece Jehová, y la séptima su alma: los ojos altivos, la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras y el que enciende rencillas entre los hermanos.

La mujer virtuosa corona es de su marido; mas la mala, como carcama de sus huesos,

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Volumen II. *Impotencia y esterilidad sexual*, por el doctor Carlos Lacarsen; vol. III y IV. *La castración sexual de los jóvenes*, por el doctor Mayoux; vol. VI. *El amor y el espíritu sexual*, por el doctor Augusto Forel y *El delito de besar*, por el doctor José Ingenieros; vol. VII. *Psicología del amor conyugal*, por el doctor Venette; vol. VIII. *Higiene del matrimonio*, por el doctor Rosch y *Etiología sexual*, por el doctor A. Forel; vol. IX. *El arte de tener hijas*, por el doctor L. Sossiac; volumen XI. *Enfermedades sexuales*, por el doctor Daniel Sánchez de Rivera y Moset; vol. XII. *Historia de la cultura sexual*, por el doctor Lázaro Sirlin; vol. XIII. *El amor fecundo*, por el doctor Juan Escalante Escandón; vol. XIV. *La prostitución*, por los doctores Alba y Jiménez; vol. XV. *La mujer y el niño*, por el prof. Escipión Sighele; vol. XVI. *La Ciencia*, por Camilo Flammarion; vol. XVII. *La Radiotelefonía vulgarizada*, por J. J. Escanciano; vol. XVIII. *Higiene sexual del soltero y la soltera*, por el doctor T. de R. Climent; vol. XIX. *¿Es contagiosa la tuberculosis?*, por el doctor L. D. Romero y *¿Estoy sano o enfermo?*, por Luis Kahne; vol. XX. *La vida sexual*, por el doctor Dupuy; vol. XXI. *Scimitras de oro*, por J. Krishnamusti; vol. XXII. *Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio*, por el doctor Augusto Forci; vol. XXIII. *Fenómenos sexuales*, por el doctor V. Suárez Casañ; vol. XXIV. *El matrimonio, el divorcio y el adulterio*, por el doctor F. A. Vargas Marty. *Profilaxia de las enfermedades sexuales* por el Dr. D. Sautrez de Rivera.

Cada volumen: 0.20 centavos

LOS POETAS

Volumenes 1, 2, 3 y 4, agotados; vol. 5. *Introducción de versos para niños*, selección de Gustavo Riecho; vol. 6. *Poesías completas*, de José Asunción Silva; vol. 7. *Trincofos nuevos*, de Alberto Ghiraldó; vol. 8. *Serenidad*, de Amado Nervo; vol. 9. *Nuevas Rimas*, de José Carducci; vol. 10. *Las fuentes del camino*, de José de Matarrán; vol. 11. *Poemas Pástumos*, de Juan Pedro Calzon; vol. 12. *Fuiste Sordamonte*, por Francisco Villares; vol. 13. *La Blanca Canción*, por Paól Verlainne; vol. 14. *Las Liras de Oro*, por Julio Herrera y Reaiesig; vol. 15. *Citaciones y Poemas*, por Mario Bravo; vol. 16. *Los ojos de los fantasmas*, por Emilio Carrere; vol. 17. *Poesías completas*, por Jorge Isaacs; vol. 18. *Póstuma*, por Strehetti; vol. 19. *Poesías selectas*, por Almaruete; vol. 20. *Nuevas Castellanas*, por P. M. Gabriel y Galán; vol. 21. *Misa de Requiem y otras poesías*, de Alfredo R. Bufano; vol. 22. *Poesías Completas*, de Edgard Allan Poe; vol. 23. *Las Flores del Mal*, de Carlos Baudelaire; vol. 24. *Poesías de Enrique Heine*; vol. 25. *Selección de Poesías de José de Espronceda*.

Cada volumen: 0.25 centavos
CLASICOS DEL AMOR

Volumen I. *Florilegio del amor*, (lo que han dicho sobre el amor los más grandes espíritus de la humanidad); vol. II. *Arte de Amar*, de Ovidio; vol. III. *Cómo aman las mujeres*, Max Nordau; vol. IV. *La cópula*, (novela de amor), por Salvador Ruodin; vol. VI. *Y así pasó el amor*, por R. Irán Turguenef; vol. VII. *Corte de amor*, por R. del Valle Inclán. *La magia del amor*, por Camilo Maudair.

Cada volumen: 0.30 centavos

Libros y publicaciones diversas

Barletta, Leonidas, *Canciones Agrarias*,..... 1.—
" " *Los Fiebles Trágicos*,..... 1.—
Castellonovo Elías, *Tuñebias*,..... 1.—
" " *Malditos*,..... 1.—
Fernández Espiro, Digo, *Poesías completas* 1.—
Fabbri Luis, *Didáctica y revolución*,..... 2.—
Fischer, Max y Alex, *Cuentos de Elicoria* 1.—
Frutos Carlos, *Náufragos de la vida*,..... 1.—
Justo Juan B., *Socialismo*,..... 1.—
Olivari Nicolás, *La amada infiel*,.....0.50
Rocker Rodolfo, *Artistas y Rebeldes*,.....1.80
Rolland Román, *Vida de Mahatma Gandhi* 1.00
" " *Vida de Tolsto*,.....1.—
" " *Vida de Miguel Angel*,.....1.—
Stanchin Lorenzo, *Desgraciados*,..... 0.50
" " *Brunas*,..... 0.50
Tagore Rabindranath, *Pájaros perdidos*,... 0.30
Uncal José María, *Los Poemas Contabólicos* 1.00
Yunque Alvaro, *Verseos de la calle*,..... 1.00
Von Grubber Dr. Max, *La higiene en la vida sexual*..... 0.30
Boeghi Armando, *La Habana tra due Crispi* 1.50
Vidal Georges, *Un Egipt* (l'homme et l'œuvre),..... 0.30
Malatesta E., *Un café*..... 1.—

Todos los pedidos se remiten franco de porte.

Dirija la correspondencia a: Editorial Claridad.

Casilla de Correo 736, Buenos Aires.

